

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

MOVIMIENTO SINDICALISTA

Por intermedio del corresponsal de una agencia informativa, Samuel Gompers, presidente perpetuo de la American Federation of Labor, hizo ciertas declaraciones ahogando por lo que ese lacayo de Wall Street llama la "doctrina de Monroe del trabajo". Esa nueva especie de monroísmo, ensayada en la pretendida Federación Panamericana del Trabajo, complementa los planes imperialistas de Yanquilandia: es, para el movimiento obrero de la América latina, lo que para los gobiernos criollos representa la "protección" política y financiera de Estados Unidos, demostrada en las intervenciones armadas a las repúblicas de las Antillas y Centroamérica y en la tentativa de invasión en esta parte del continente.

El gomperismo quiere emplear la doctrina de Monroe en su tentativa de avance en el movimiento obrero de las repúblicas latinoamericanas. Esa tentativa cuya esencia es de naturaleza económica — interpreta el deseo del capitalismo yanqui por desalojar todo competidor europeo de los mercados de América —, entraña a la vez un peligro político. Se trata de una tendencia imperialista, complementaria del imperialismo económico que tiene su reyecía en Wall Street, que busca en la clase trabajadora su punto de apoyo y pugna por abrirse camino en ambientes saturados de ideas libertarias y ganados por la mentalidad y el espíritu latinos.

Para realizar sus planes, Samuel Gompers confía más en el poder financiero de Wall Street y en la elocuencia de los cañones yanquis que en la eficacia de la propaganda de ideas. El gomperismo no puede ofrecer un ideal de justicia y libertad a los pueblos de la América latina, pues no es del norte de donde se irradia la cultura sobre este continente. La doctrina de Monroe, pese a su declaración americanista y a sus aparentes propósitos de salvaguardia de la independencia política de las ex colonias españolas, es en la práctica un instrumento político de dominación y la síntesis de la tendencia imperialista de los plutócratas del Norte.

El monroísmo tiene su realidad en las colonias y protectorados de Estados Unidos: en Cuba, Santo Domingo, Haití, Puerto Rico y Filipinas; en las repúblicas intervenidas por Yanquilandia con propósitos financieros; en las rapiñas del capitalismo y qui y en sus frecuentes incursiones en territorio mejicano para acaparar y explotar el petróleo de ese país. ¿Qué otro fin que el apó-

yo de esas rapiñas persigue el lacayo Gompers?

La Federación Americana del Trabajo no interpreta una idea de justicia social y ni siquiera actúa en el terreno de la lucha de clases. Es una organización sometida a la influencia del capitalismo, consecuente con todos los atropellos del gobierno y enemiga de toda propaganda que

Street que gobierna aquel feudo de Yanquilandia, su política obrerista y su socialismo de camouflage. La Confederación Regional Obrera Mexicana, obra del "vaquetonismo" — exponente mejicano de la American Federation of Labour —, es la fiel reencarnación de la tendencia imperialista de los Estados Unidos. Y de esa organización obrera se valió el

dos camarillas aspirantes al poder. Y eso descartando que no estuviera en juego la influencia de Wall Street y de sus agentes financieros en México.

De esa lucha de ambiciones y predominios nada podía salir ganando el proletariado. ¿Que se malograrían, con el triunfo del político de De la Huerta las conquistas de precedentes revoluciones? ¿Y cuáles son esas conquistas? ¿Concedió alguna voluntariamente el socialista general Obregón? ¿Es el actual gobierno mejicano el intérprete y el defensor de los derechos del pueblo?

Será difícil que se de una contestación categórica y satisfactoria a estas preguntas. Obregón es un instrumento de Wall Street. Por ello obtuvo el apoyo oficial, en armas y dinero, de los Estados Unidos, y por eso mismo el lacayo Gompers salió en defensa del gobierno socialista de México, protector de los pobres mejicanos que jimen bajo la garra de los buitres del norte.

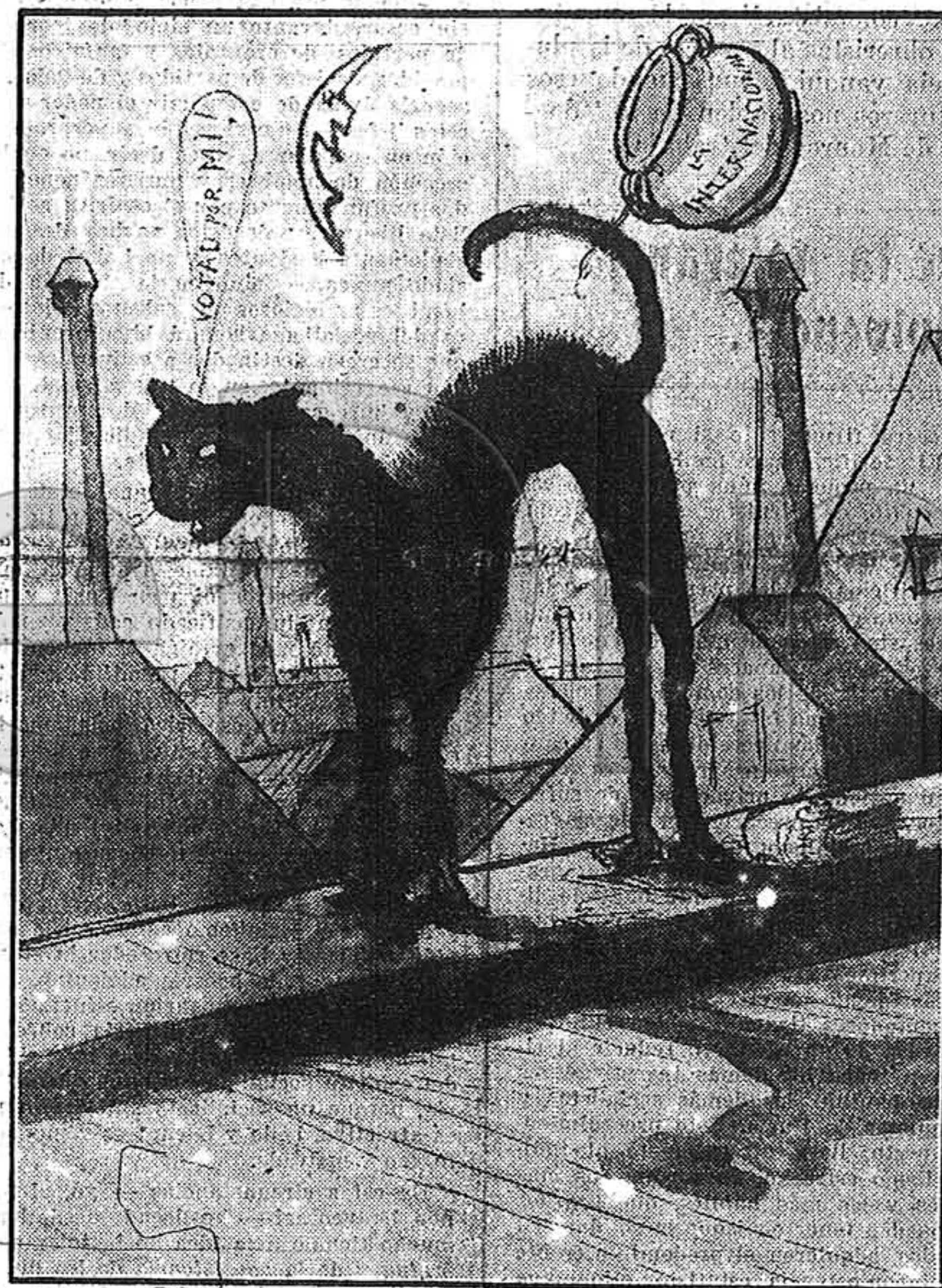
El monroísmo del trabajo, cuyo intérprete es la Federación Americana del Trabajo, intervino indirectamente en la reciente contienda política de México. Los "vaquetones" de la Confederación Regional Obrera Mexicana, que tomaron partido por el obrerista Obregón, solicitaron el apoyo moral del presidente de la American Federation of Labour. Y Gompers se apresuró a declarar que los obreros de Estados Unidos estaban de parte del gobierno constitucional de México, sancionando así la intervención del gobierno de Washington en los asuntos internos de aquella república.

Para conseguir ese apoyo, el general Obregón recurrió a su política obrerista. La C. R. O. M. publicó un manifiesto incitando a los trabajadores a tomar las armas en defensa del gobierno. El partido Laborista Mexicano, creado por los obregonistas y "vaquetones" de la Confederación, se dirigió a su vez a Samuel Gompers en demanda de apoyo.

Se alegó para conseguir la intervención de los Estados Unidos la defensa de la clase trabajadora. La C. R. O. M. en su manifiesto incitando a los obreros a tomar las armas en defensa del gobierno, decía que hacía ese llamamiento fraternal al obrerismo del país, y especialmente a los miembros de la Confederación, para que defendieran la estabilidad del movimiento obrero organizado de México, cuya salvaguarda era el gobierno socialista de Obregón. Y el Partido Laborista Mexicano, comentando esa incitación a la guerra civil, decía lo siguiente:

"El comité directivo general del Partido Laborista Mexicano, en atención a que éste, conforme a su constitución está obligado a respaldar todos los actos de la Confederación Regional Obrera Mexicana,

AFIRMACION REVOLUCIONARIA



—MIAU, MIAU...

tienda a libertar a los trabajadores del yugo económico de la todopoderosa plutocracia. Samuel Gompers es un vulgar agente de la burguesía, un empresario electoral al servicio del partido que mayores garantías ofrezca al capitalismo y un provocador destacado por Wall Street para preparar el terreno a las aves de presa que incursionan en el continente ávidas de despojos humanos.

El gomperismo tiene en México algunos secuaces. La "doctrina de Monroe del trabajo" inspiró al general Obregón, mandadero de Wall

gobierno obregonista para asegurar su dominio sobre el proletariado y ahogar en sangre toda oposición a la creciente influencia norteamericana en ese desdichado país.

Se ha dicho que la última tentativa revolucionaria encabezada por el político De la Huerta perseguía fines reaccionarios. Puede que tengan razón los que tal cosa afirman. Pero, ese punto de vista político no descarta a el fundamento de nuestra crítica a los defensores del gobierno de Obregón. En México se ventilaban únicamente intereses políticos entre:

y, además, en virtud de que considera que el movimiento iniciado por Guadalupe Sánchez tiene como fin único entregar el poder público del país en manos de la reacción que en estos momentos representa y encabeza el prevaricador Adolfo de la Huerta; y, por otra parte, considerando que el Partido Laborista mejicano tiene el ineludible deber de dar en estos momentos todo su apoyo al actual gobierno que encabeza el general Alvaro Obregón, que siempre ha sujetado sus actos al programa revolucionario y ha dado muestras inconfundibles de estar resuelto a implantar los postulados de la revolución, apoya sin restricciones el manifiesto de la Confederación Regional Obrera Mexicana y hace un formal llamamiento al proletariado nacional para que, violentamente, se organice y esté listo a tomar las armas para defender al gobierno del general Obregón, impidiendo que la reacción llegue, siquiera remotamente, a tener alguna esperanza de recuperar el terreno que en el campo político y en el campo económico le ha quitado la revolución".

Esas incitaciones prepararon el terreno a la intervención yanqui. El gobierno gestionó oficialmente la ayuda de Washington, en armas y dinero. Y la C. R. O. M. y el Partido Laborista, caricaturas de la Federación Americana del Trabajo, se dirigieron a Gompers para que influyera

en Wall Street en favor de Obregón. He ahí un exponente del monroísmo sindicalista. La "doctrina de Monroe del trabajo", que propaga Gompers y representa la llamada Federación Panamericana del Trabajo, es la esencia política y económica del imperialismo yanqui en su aplicación al movimiento obrero. Y está en esa tentativa imperialista, divulgada ahora en los medios proletarios de América, el mayor peligro que amenaza la independencia del movimiento obrero y revolucionario de los países latinoamericanos.

Combatir esa tendencia es deber de todos los revolucionarios de América. El gompersismo es un recurso político y económico que emplea Wall Street para su conquista pacífica de la América del Sur, la única parte del continente que no ofrece fácil presa a los buitres del Norte. Que el ejemplo de Méjico nos sirva de provechosa enseñanza. No nos dejemos "conquistar" por los aventureros obreristas al servicio de la plutocracia yanqui, aun cuando esos aventureros nos hablen de la "doctrina de Monroe del trabajo".

Una palabra más sobre la tolerancia mutua y la convivencia.

Si pasamos revista a la obra intelectual del socialismo de todos los matices desde hace más de un siglo, nos hallamos frente, al mismo tiempo, de una abundancia de riquezas, y de una gran pobreza. La parte crítica es perfecta, las proposiciones para el porvenir, los caminos y los medios son elaborados de mil modos, pero precisamente ese embarraso de riqueza culmina en la debilidad del resultado definitivo, de un fin y de medios sobre los cuales estén de acuerdo todos los socialistas. ¿Cómo podría ser de otro modo, si el único factor que vivifica las doctrinas, la experiencia, falta aún? Todos hemos visto pasos hacia adelante de la teoría impotente al experimento productivo de experiencias, de resultados. Tomemos por ejemplo la aviación: durante muchos siglos se ha dibujado o construido en modelos, sin fuerza motriz, miles de tipos, sin conseguir nada. Cuando apareció el motor, que hacía posible el experimento, se obtuvieron pronto tan grandes resultados que fueron olvidadas la mayoría de las especulaciones anteriores. Es imposible concebir que la empresa gigantesca de hacer de los hombres, competidores, hostiles hoy unos de otros, cooperadores y amigos — este es el fin del socialismo — será realizada repentinamente, de un golpe, por la aplicación, no digo de un sistema (que es absurdo de antemano) sino de un método general de proceder — exceptuado un solo método, que es el de la libertad, es decir la ausencia de un método único o predominante.

El socialismo no depende de la sola voluntad de los hombres, aunque la voluntad, la energía, la constancia, la solidaridad contribuirán a él grandemente. Depende de la facultad técnica de reorganizar la producción y la distribución, el trabajo por consiguiente, los transportes y el consumo, que están regulados en todas partes de acuerdo al sistema presente (propiedad individual, concurrencia, salariado, estatismo), — de reorganizar todo eso para servir del mejor modo las necesidades de todos los hombres en lo sucesivo libres, iguales en derechos y aliados por la solidaridad.

Se trata aún de hacer esta transformación enorme de una manera práctica, competente, que dé pronto resultados, que sea verdaderamente atractiva. El socialismo no será jamás universal ni se

establecerá firmemente si no es atractivo. El sacrificio hace mella en el corazón de un pequeño número de hombres, de una élite de altruistas, pero no gana las masas. Estas masas son ya tan numerosas que sienten la impotencia para nuevos sacrificios. Se les presentó el socialismo como capaz de aportarles la dicha, y no es sino estos últimos años que los esfuerzos muy incapaces de realizar el socialismo, los de los comunistas bolchevistas ocultan una falta de éxito en la teoría forjada por las necesidades de su causa: que es preciso pasar primeramente por un período de privaciones, de sufrimientos, de vida precaria, para llegar después a un socialismo de abundancia. Hacen ese período de privaciones más agradable por la privación adicional de libertad, por su dictadura, o bien ahogan así el descontento de las masas objeto de ese experimento único, oficial, estatista, — experimento en el cual los sabios experimentadores tienen también el privilegio raro de aprisionar o reducir al silencio a todos los demás investigadores en ese dominio, los demás socialistas y anarquistas de Rusia. Este procedimiento funesto, lleva directamente al individualismo estrecho, puesto que los más fuertes y los más hábiles, que son los que pueden tener en jaque la solidaridad de todos, adquieren el predominio frente a la incompetencia estatista, etiquetada comunista o burguesa.

Los demás socialistas aprenden en estos acontecimientos cómo no hay que obrar, pero aquellos que son libertarios ven también que chocará la realización del socialismo siempre en las tendencias monopolistas, dictatoriales de los socialistas autoritarios. Porque, no lo olvidemos, no hay diferencia alguna entre socialdemócratas, parti-obreristas, comunistas reformistas y toda otra escuela autoritaria, pues todas impondrán, si pudiesen, un sistema tan rigidamente exclusivista, monopolista y dictatorial como los comunistas rusos. Además se dan cuenta de que están prevenidos ahora y serán más ásperez en la conquista del poder a partir del instante de la victoria revolucionaria, acontecimiento provocado, sea por un feliz incidente, sea por una cooperación momentánea de todos los elementos antipolíticos. En el momento del éxito general, pues, unos querrán un parlamento de mayoría socialista y un gobierno socialista, otros querrán el vie-

tismo, es decir, o bien un sovietismo independiente, descentralizado, o bien un sovietismo que no es más que la máscara de una centralización rigurosa, de la dictadura de los jefes comunistas como en Rusia; otros querrán la autonomía y la federación de los sindicatos con o sin organización intersindical; los anarquistas querrán la agrupación libre, pero tendrán aún otras dos tareas indispensables: la de impedir las preparaciones y realizaciones de la dictadura y la de inspirar a las masas y todos los ambientes accesibles con un espíritu libertario. Todas estas tendencias muy diversas (y paso por alto otras) tendrán el apoyo, sea de formaciones armadas, sea de todos los medios de lucha sindical, huelga, boicot, la influencia decisiva que tienen los oficios indispensables (transporte, alimentación, iluminación, fuerza motriz, carbón, etc.); algunos harán uso del antiguo instrumental gubernativo, organización conscientemente preparada para la represión, y el concurso de los reaccionarios, de los funcionarios del viejo sistema, no les faltará — en una palabra, el derrumbamiento del viejo sistema parecería una cosa muy simple comparada con esa mezcolanza de la plétores socialista que es de prever en la hora de la victoria popular.

Hay, en efecto, — por la exclusión de la experiencia práctica y por la producción sin cesar, durante un siglo, de teorías, de partidos, de creyentes y fanáticos de partidos, de jefes de partidos y de toda su escuela ávida de compartir el poder con estos jefes — una terrible superproducción en socialismo, — es decir, no en la creación de hombres y mujeres penetrados profundamente por el espíritu socialista libertario; de éstos no hay desgraciadamente bastantes, y no habrá demasiado nunca, — sino en la creación de hombres ambiciosos que saben que la hora del socialismo sonará bien pronto y que se creen destinados a convertirse en la clase reinante, en la nueva aristocracia y burocracia reinante, de un socialismo único, monopolista y dictador, que seguirá al sistema capitalista.

¿Qué podrán hacer los anarquistas y todos los demás socialistas que no tienen pretensiones dominadoras, contra ese desdoblamiento inevitable, fratricida que vemos con nuestros ojos en Rusia y no atenuado sino intensificado, cada vez más cruel, cuanto más arraiga el monopolio, y que sabe que le está permitiendo todo?

Es natural decir que se luchará hasta el extremo contra ese falso socialismo, tiránico, nada más evidente. Pero no solo nos condena eso a la lucha continua, sin esperanza de realizar nosotros mismos nuestro ideal y de adquirir por los hechos esa experiencia de que tenemos tanta necesidad como los demás, — sino que el sistema dictatorial en boga desacredita y arruina el socialismo entero en la opinión pública, y hace retroceder la situación en lugar de hacerla adelantar. Por consiguiente se derrocharían esfuerzos en luchas estériles, se patinaría sobre el mismo lugar y el conjunto, la intensidad del espíritu socialista mundial retrocedería, porque un socialismo autoritario no es atractivo, bello y bueno; es repugnante, feo y malvado.

En estas circunstancias — yo, al menos, las veo así — he llegado desde hace mucho tiempo a la idea de la tolerancia mutua y de la coexistencia de los diversos sistemas sociales, todos en estado de experimentación libre. Esta idea no tiene nada que ver con el llamado "frente único" que las situaciones momentáneas y locales crearán o no, nadie puede preverlo, pero que no tendría sino un valor muy precario si el "frente único" contra el capitalismo quiere decir que después de la victoria estaremos de nuevo dispuestos a devorarnos mutuamente, que después de la victoria, aquel de los autoritarios que llegue primero, pondrá el pie en el cuello de todos sus camaradas de "frente único" y que los libertarios perseguidos como hoy, no tendrán otro recurso que luchar a muerte con sus "hermanos" ante sí.

Esta idea de la coexistencia o de la convivencia, como dice Malatesta, quiere decir que sobre una base socialista general, que ningún socialista podría negar: la inutilidad de la riqueza social para la explotación en beneficio de intereses privados, los socialistas de todos los matices tendrían acceso a esa riqueza

social y se servirían de ella para instalar trabajo, consumo y sus otros arreglos, — arreglos que serían regulados y observados por sus camaradas de ideas y que no afectarían a aquellos que prefiriesen pertenecer a otro grupo o vivir solitarios. Añado aun que si, por falta de experiencia u otras razones, no se llegase al acuerdo sobre el reparto de la riqueza social entre esos grupos grandes y pequeños, numerosos o poco numerosos (¿quién puede prever esto?), se neutralizarían provisoriamente o por largo tiempo las funciones en controversia. Esos grupos serían territoriales o se entrecruzarían y nada impediría su cooperación ocasional o regular, sus buenas relaciones mutuas, su paso de un sistema a otro según su deseo, en una palabra, su libre vida social.

Una tal convivencia quitaría a los anarquistas la gran preocupación sobre lo que habría que hacer con hombres quebrantados espiritualmente por la larga sumisión a la autoridad e incapaces de comprender nuestra necesidad profunda de libertad; estos hombres, libertados del salario, serán bravos socialdemócratas o comunistas dóciles y se extinguirán como tales; sus hijos podrán quizás sentirse más deseosos de libertad. Una tal coexistencia libre permitiría también a los socialdemócratas y a los comunistas dormir en paz sin ser visitados por los sueños del anarquista que, si estuviera forzado a pertenecer a una sociedad dominada y monopolizada por ellos, se levantarían siempre ante ellos como rebelde para combatirlos, como crítico y satírico que se burlaría de ellos y los despreciaría. Sería una liberación intelectual, moral y física para todos el no tener que perder más tiempo en una lucha mutua sin tregua ni reposo.

Creo, en suma, que en vista del hecho notorio que una parte de los enemigos del sistema capitalista es autoritaria y otra libertaria, hay que reconocer este hecho material, que no es ciertamente un fenómeno accidental o pasajero, y buscar la salida más conveniente, que me parece la convivencia. Postergar la revolución hasta la persuasión o la extinción del último autoritario o anarquista — sería la eternización del capitalismo. Desgraciadamente, se y matarse mutuamente al día siguiente de la revolución, como se hace hoy en todos los periódicos y, materialmente en la Rusia de los dictadores bolchevistas, — es una guerra fratricida que ocasiona la alegría de los capitalistas. Romperse la cabeza en encontrar un compromiso entre autoridad y libertad, equivale a buscar un cuadrado redondo y un círculo cuadrado. ¡Queremos algo mejor que eso! No queda, pues, más que un medio conveniente, que puede ser tal como me lo figuro o que sería mucho más razonable si dedicáramos un poco más de interés a encontrarlo.

Esta no es una cuestión inútil, pienso yo. Si este problema no existía o tenía aún dimensiones de tamaño desdichado para el movimiento social de hace sesenta años o más, eso no prueba que no exista hoy. En el congreso de la Internacional, en Basilea, 1869, por última vez, los socialistas de diversos matices se reunieron amistosamente, — estatistas marxistas, anarquistas colectivistas, proudhonianos, cooperativistas, reformistas, pero la escisión se diseñaba ya, como alborotaba también en el seno de la Comuna entre mayoría y minoría. Desde entonces, 1871, el fuego que carcomía la unidad socialista estalló en 1872 en grandes llamas y desde esa época no ha pasado un año sin que haya dejado de intensificarse esa escisión y lo que sucede en Rusia desde fines de 1917 escribe esa historia con la sangre de las víctimas socialistas y anarquistas, martirizadas por los comunistas. ¡Con tales verdugos no es posible hablar de convivencia! esto es claro; pero si no hay que desesperar del socialismo, esos hechos deberían hacer reflexionar a los socialistas de buena fe que existen aun en todas partes y buscar una solución.

Ultimamente un viejo camarada y amigo ha discutido esta idea en un periódico francés y piensa que yo tengo una fe demasiado grande en la iniciativa de las masas; que esas masas carecen todavía de educación cívica y no sabrían realizar mi sueño. Yo no creía ser demasiado optimista respecto de las masas, más bien al contrario, y nadie puede deplorar más

que yo que la iniciativa de esas masas se manifieste aun demasiado poco. Pero en esto no se trata de una iniciativa cualquiera, no se trata más que de tolerancia, virtud bastante negativa o pasiva, pero que tiene una gran utilidad siempre que no sea sumisión al mal o convivencia con él.

Me parece que, desgraciadamente, las masas están demasiado habituadas a vivir y a tolerar a su lado otro sistema, o más bien los efectos del sistema actual que las empobrece y enriquece a sus explotadores. Toleran ese horroroso sistema por su servidumbre voluntaria. Esto es deplorable, pero en todo caso eso no las hizo intolerantes: ven a través de todas las edades a su lado la riqueza de los demás, instalada con insolencia — por tanto si, satisfechas y felices, vieran más tarde entre ellas o al lado de ellas hombres y mujeres que practicarían otro sistema social que el suyo, no se asustarían. Al contrario, la coexistencia de diversos sistemas de vida socialista, permitiría a cada uno elegir el que correspondiera al ritmo de su energía, como escogiera su iglesia, su capilla o su grupo de libres pensadores o se contentaría con la vida alegre y gloriosa, natural, sin etiquetas. No serán nunca las masas las que se opondrán con su propia iniciativa a la convivencia, — no serán sino las masas adoctrinadas, fanatizadas, amotinadas: esto es, otra cosa.

Eso sería culpa, crimen de sus jefes, y ¿quién serían sus jefes? No son los hombres de una verdadera competencia, los investigadores, los sabios; estos no se detienen para proclamar jefes en una verdad momentánea que han reconocido. Si hicieran eso renunciarían a su vida intelectual y estabilizarían su empanamiento. No, continuarán trabajando, estudiando, investigando. Los jefes son los monomaníacos fanáticos que se figuran haber hallado un dogma fijo y tener por misión imponerlo a los demás, por la persuasión, por la autoridad, por el fuego y la sangre según su más íntimo deseo. Y al lado de estos jefes intelectuales, que pueden tal vez ser de buena fe, existe el gran número de los jefes políticos, que quieren triunfar gracias a la idea hallada por otros y gracias a las masas de sectarios que saben reclutar.

Desgraciadamente, cuanto más se acerca el socialismo, tanto más se convierte en el objeto de las ambiciones de esa clase de jefes el poder enorme, la dominación de toda la vida económica, que ejercería un gobierno socialista que se figurase heredado toda la riqueza capitalista. Son realmente esos hombres los que envenenan las luchas sociales, saben que todos no pueden ser ministros, se crean sus partidos e impiden que tenga fin jamás una querrela, una simple diferencia de opinión entre socialistas — al contrario, todo es exagerado, falseado, intensificado. Son esos hombres los que no quieren la convivencia, que ambicionan su monopolio personal, su dictadura!

Es en efecto un problema bastante grave y bien triste el que esos jefes originen un problema social aparte. Sus orígenes son a menudo buenos, son hombres que fueron activos y abnegados al principio. Pero salieron pronto de las filas de sus camaradas, gracias al mecanicismo obrero, político o sindical cada vez más perfeccionado que parece exigir profesionales — y he ahí, forman una categoría, un oficio propio que origina la continuación, la extensión, el avance siempre, como todos los oficios. Y estos hombres se cuentan por millones en todos los países y, cada, cual tiene el mayor cuidado de no ser considerado inútil, de tener hombres que crean en ellos y que están en sus órdenes. Todo ese mundo teme al socialismo, que viene y se prepara para absorberlo.

La educación cívica de esos hombres sería mucho más urgente que la de las masas que han sufrido el mal y que sabrán ver realizarse el bien con diversas variantes entre ellas y alrededor de ellas sin conmoverse. Respecto de los jefes, si habrá o no convivencia para ellos, eso dependerá de su discreción; si ven que su época ha pasado, volverán a la vida social — sino, tanto peor para ellos. No creo que estas consideraciones deban impedir a los socialistas de los matices antimonopolistas el ensayo para encontrar un medio de impedir a los autoritarios arruinar el advenimiento del socialismo

Un mártir de las prisiones rusas

ARON BARON

Aron Baron tiene 30 años. En su juventud, sus convicciones socialistas le llevaron a Palestina. El viaje le resultó una gran decepción y desde esa época se convirtió en anarquista.

Más tarde, estuvo en Estados Unidos, donde participó en el movimiento anarquista, especialmente como redactor del periódico anarquista *Alarm*.

Desde la caída del zarismo, en febrero de 1917, vuelve a Rusia y fija su residencia en Kiev. Inmediatamente desarrolla una gran actividad en el movimiento obrero. El sindicato de panaderos de Kiev es obra suya y esta organización llega a poseer rápidamente una importante cooperativa de producción.

Baron representa a los panaderos en el Soviet de Moscú, pero lo abandona no bien los soviets devienen rodajes legislativos.

En los comienzos de 1918, Baron está ya en trance de sufrir las exacciones de la Tcheka (policía política). Múndido de la autorización de las autoridades, da tres conferencias sobre la anarquía. Al salir de la tercera es, sin embargo, detenido con varios camaradas.

En esa época, la Rusia soviética, en lucha con las mesnadas reaccionarias, decretaba, entre otras cosas, la movilización del sindicato de la alimentación. Rehusando los obreros marchar en tanto Baron estuviera preso, se le deja en libertad al cabo de cuatro días. Al día siguiente se presenta en la Tcheka con una compañía solicitando se le devuelvan sus documentos; y se le detiene otra vez. En esta ocasión, todavía, pero solo al cabo de ocho días, el movimiento de protesta de los panaderos vence la arbitrariedad de la Tcheka.

El 1919, hallándose en Ekaterinoslav, Baron pasa aún unos quince días en la prisión. Todos los miembros del "grupo de la juventud" (grupo de educación), en cuyo seno trabajaba, son detenidos al mismo tiempo.

Hacia fines de noviembre de 1920 comienza para Baron un verdadero calvario que todavía no ha terminado. En esa fecha debía realizarse en Kirov el Congreso panruso de los anarquistas. Uno o dos días posteriores a la llegada a esa ciudad, la mayor parte de los congresistas son encarcelados: entre ellos Baron y su compañero Fanny.

Se desea separar a Baron de los demás detenidos. Estos se esfuerzan por defenderlo, se forma un tumulto en cuyo curso se disparó un tiro contra Baron, el que, afortunadamente, no le hirió.

Habiendo los anarquistas solicitado y obtenido ser trasladados a Moscú, Baron es alojado en una celda húmeda y malsana.

libertador, la esperanza del mundo.

Es quizás demasiado esperar que todos los matices socialistas busquen sinceramente una convivencia semejante: la idea es para ellos demasiado inusitada y cada cual creería desfalcar si admitiera la existencia de otra especie de socialismo al lado suyo. Para comenzar, bastaría que dos, tres, cuatro agrupaciones socialistas, sindicalistas, anarquistas, cooperativistas hicieran entre sí un pacto semejante de coexistencia futura; se vería entonces el que continuaría excluyendo de esa solidaridad — ese sería el dictador futuro, el enemigo común, que, desmembrado así, sería sin duda combatido mejor que ahora que se simula todavía como camarada socialista.

En fin, la intensidad y la violencia de los odios nos adelanta tan poco, como se ve en todas partes en el mundo alrededor de nosotros, que de una manera u otra se deberá encontrar un medio para salir de este atolladero.

Max Kettner

3 de enero de 1924.

na de la prisión central de la V-Tcheka (Tcheka panrusa). Reclama se le traslade a la prisión de Butirka, donde están apresados casi la mayor parte de los anarquistas y como al cabo de dos semanas las autoridades hacen oídos de mercader, declara la huelga de hambre; treinta y seis horas más tarde se accede a su pedido.

A la muerte del célebre anarquista Pedro Kropotkin algunos de los prisioneros obtienen autorización para asistir a los funerales. Y cuando ante la tumba abierta se pronuncian los discursos, Baron toma la palabra en nombre de los anarquistas encarcelados. La misma noche es reintegrado a la cárcel con sus camaradas.

En Butirka, que es la prisión central de Moscú los detenidos combaten encarnizadamente el régimen que se les hace soportar. Para terminar con esta obstrucción, las autoridades deciden que los anarquistas sean trasladados a las prisiones alejadas de Moscú. Pero el día fijado (21 de abril de 1921) los detenidos rehúsan abandonar las celdas. Es entonces que se verifican escenas de un salvajismo inaudito que consternó, por aquella época a toda la opinión internacional. Los revolucionarios son sacados a golpes y aun arrastrados por los cabellos.

El nuevo asilo de Baron es la prisión de Orel. Fanny, separada de él, es conducida a la prisión de Riazan. Consigne, ya dije, pero es detenida de nuevo, y sin miramientos fusilada.

En la prisión de Orel los malos tratamientos constituyen el pan de todos los días. Continuamente los prisioneros son golpeados. Muchas veces, los tchekistas disparan contra Baron, pero no consiguen herirlo. Con el propósito de volver a Moscú, Baron declara, por aquel entonces, la huelga de hambre. Después de ocho días de ayuno se le promete acceder a su solicitud y a la de sus camaradas. Efectivamente, se les conduce a Moscú, pero de ésta sólo ven la estación, pues el viaje continúa hasta Jaroslavl.

Allí, como en Kharkov, se quiere infligir a los anarquistas el régimen celular. Nuestros compañeros quieren resistir, y con tal objeto se ligan las manos entre sí. Sin golpeados tan salvajemente que Baron debe ser transportado al hospital.

Un poco más tarde, los prisioneros fueron transferidos a Nijni-Novgorod. No es más benigno el trato en esta prisión. Una vez, Baron se desvaneció bajo los golpes de sus verdugos, lo que le vale una nueva estadía en el hospital. Al retornar a la prisión, nuestro camarada, que no cesa de reclamar su traslado a Moscú, declara una vez más la huelga de hambre. Gana el pleito, pero después de doce días de privación de alimentos.

Primera semana de agosto de 1922. Baron y sus amigos están en Moscú. Van a ser juzgados por fin. Desde noviembre de 1920, pese a sus repetidas reclamaciones, ninguna acusación les ha sido comunicada. En lo que concierne a Baron el único crimen que se le puede imputar es el de haber sido miembro del secretariado de la organización anarquista *Nabat*. ¿Cómo juzgar sin poseer los primeros elementos de un proceso? Por lo cual los jueces de Moscú renuncian a ello; y los inculcados — que son nueve — vuelven a ser enviados a Kharkov donde fueron arrestados 21 meses atrás.

Apenas llegados a Kharkov, comienzan todos la huelga de hambre, declarando que esta vez exigen su libertad. Después de ocho días de ayuno, Baron y Tshajne son libertados y se les notifica que deben abandonar el país. Se les acuerda un mes para que arreglen sus asuntos y se les proporciona dinero y vestidos.

Baron retorna enseguida a Kiev donde su amiga O. Avronzkyeva se encuentra peligrosamente enferma. Permanece en la dependencia de la Tcheka ante la cual, por otra parte, debe presentarse todos los días. Los médicos imponen, como tratamiento, los baños de lo-

do de Odesa. Se lleva a cabo este pater, no sin que antes la Tcheka haya concedido permiso para el viaje y transporte del lido.

Habiendo pasado rápidamente el mes otorgado a Baron, la Tcheka solicita para él a las autoridades de Kharkov una prolongación de quince días.

Finalizado este nuevo período, Baron se separa de su amiga y se dirige a Kharkov para recibir de las autoridades su pasaporte. Pero se le envía, simplemente, a las órdenes de la Tcheka de Moscú.

Hasta aquí, la suerte de Baron se parece a la de muchos otros revolucionarios de Rusia. En los hechos que ahora vamos a relatar, su caso deviene completamente particular, por la increíble perversidad del gobierno ruso.

Cuando Baron se presenta a la Tcheka de Moscú, en los primeros días de 1922, se le detiene nuevamente y se le notifica que la condena de destierro tomada por las autoridades ucranianas "no tiene valor, no habiendo sido ratificada por Moscú y que, por ende, es anulada". Baron declara inmediatamente la huelga de hambre. Pero al sexto día es cogido con violencia y conducido a la estación. Como rehúsan responder a su demanda de explicación, continúa rechazando todo alimento durante el viaje. Solamente cuando se le dice que lo transportarán a Arkangel consiente en recibir alimentos.

En Arkangel le informan que está condenado, sin juicio, por supuesto, a dos años de campo de concentración, poniéndose a cargo de la propaganda clandestina en el curso del mes que estuvo fuera de la prisión.

Enseguida es enviado al campo de Petrominsk, donde declara la huelga de hambre para ser reconducido a Arkangel. Lejos de tener en cuenta su gesto de protesta, se le deja ayunar diez y seis días, después de los cuales se le alimenta por fuerza con la sonda esotológica.

Decidido a hacer escuchar su voz a pesar de todo, Baron recurre a un medio heroico: sus camaradas y él se encierran en sus celdas e incendian sus camastrojos. Cuando se acude en su socorro, Baron y dos de sus camaradas están tendidos en el suelo, sin conocimiento.

A su salida del hospital, Baron es trasladado a la tristemente célebre isla de Solovetzky, en el mar Blanco.

Allí debe recurrir de nuevo a la huelga de hambre para obtener el derecho de correspondencia. A pesar de ello, la suerte de nuestro camarada nos es desconocida.

En esta exposición hemos dejado a propósito a los hechos su secuencia. Nuestro comentario se reducirá a las siguientes comprobaciones:

1. El gobierno ruso y sus amigos, que acusan tan gratuitamente a los anarquistas de "Banditismo", con el único fin de desprestigiarlos ante la opinión de los revolucionarios de Occidente, no osan emplear el mismo argumento en cuanto concierne a Baron.

2. El único delito que se haya podido imputar a Baron es el de la propaganda clandestina. Durante las pocas semanas de libertad provisional, pero ya lo hemos dicho, estaba estrechamente vigilado por la policía y por otra parte no abandonaba la cabeza de su camarada enferma.

Por consiguiente es evidente que Baron está encarcelado por sus propias opiniones anarquistas.

Luego, atentado a la libertad de pensar por el sedicente gobierno proletario ruso, al cual han obligado ya en diferentes ocasiones a poner en libertad a los presos políticos.

El caso de Baron es un raro ejemplo de arbitrariedad gubernamental. La aplicación de leyes de los revolucionarios en "carcelados" en Rusia exige su inmediata libertad.

La A. D. D. de los REVOLUCIONARIOS ENCARCELADOS EN RUSIA

El público y los cuadros

Numerosas son actualmente las exposiciones de pintura en todos los países del mundo, y muchos los visitantes; pues si pocos son, y cada día menos, los que entregan al arte una parte importante de su alma, cada día más numerosos son, al contrario, los que generosamente consenten en concederle, por algunos minutos, su protección.

Ante un cuadro, la gente opina sin vacilar; apenas lo ha visto un instante y ya se da vuelta para juzgarlo. ¿Qué es lo que dice? ¿Es una impresión viva y franca la que emite? Demasiado lindo sería, pues muchos no han sentido ninguna. La sensualidad de los colores se va perdiendo cada vez más en el hombre moderno, y el Colorado, el Amarillo y el Azul, cesan de ser para él personajes magníficos. No sintió nunca nada en la realidad; por lo tanto los cuadros no le pueden sugerir nada. Porque para querer las artes es preciso encontrar en ellas las impresiones recibidas de la naturaleza y de la vida. Quien no recogió nada de éstas, no puede esperar nada de aquellas. Los que no han sentido la suavidad y la elasticidad del espacio, el carácter de las estaciones o la hermosura de las figuras, nada tienen que hacer con retratos y paisajes.

Con todo, los van a ver y... hablan. ¿Qué es lo que dicen, pues, ya que no es una impresión lo que revelan? Dicen lo que creen que se debe decir. Poco importa que repitan la opinión de moda o que la tomen al revés; en un caso lo mismo que en el otro, están sujetos a ella, ya que de ella no supieron olvidarse para quedar solos en el cuadro.

Los hombres de gusto, bueno o malo, pero auténtico, personal, son más escasos de lo que se puede imaginar. La mayoría de ellos se dejan llevar y esperan, para admirar o denigrar, que les hayan dado el ejemplo.

Sin embargo se decía que en presencia de una obra nueva, debía saltar de cada ser algo imprevisto, si acaso, algo como la chispa que sale del choque. Pero para esto sería preciso ponerse en contacto con ella, apartando todo para ver. Demasiadas personas, al contrario, no ven en una obra más que el pretexto de brillar y emitir las ideas que juzgan más elegantes; a la obra la abandonan muy pronto, ella les proporciona la ocasión, pero no la materia de sus discursos. No sacan de ella lo que de ella piensan, pues antes de conocerla, ya traían listo, de antemano, el juicio sobre ella.

Escúchenlos: es bien un juicio, lo que formulan, y no un sentimiento. Y ese juicio es, tanto más absoluto cuanto más vago. Porque cuando una obra despierta en nosotros muchas cosas no podemos hablar de ellas sino con precaución y delicadeza. Un sentimiento matizado no se limita; resulta de emociones complejas y ricas; y tanto más moderado será cuanto más contenga. Al contrario, generalmente la opinión es extrema cuanto más nula la sensación. Ante una obra de arte, mucha gente dirá al azar: muy bueno o muy malo. La dirección de su sentimiento es fortuita; de lo único que se puede estar seguro es de que será excesivo. Usan de los superlativos como los niños las armas

de fuego, fusilando con ellos, sin apuntar, las obras expuestas; y es solamente entonces, cuando esa palabra toma todo su sentido.

La gente así procede porque quiere decir lo que debe decirse, y como es vanidoso, pero no atrevida, si ha tenido una impresión propia la tapa y disimula bajo palabras ficticias, en vez de confesarla. Y es en esto que hace mal. Pues nunca se es ridículo expresando lo que se siente, en cambio se corre el riesgo de serlo al afectar capacidades que no se tienen y al adelantar un juicio que no se puede sostener.

Una impresión, cuando es sincera, tiene siempre interés; es el resultado de una combinación entre una persona y una obra, y siempre hay en ella algo instructivo. El que expresa la suya no pretende decidir de la obra; trae su testimonio que vale según lo que él mismo vale, pero que nunca es nulo. Tener impresiones es ser modesto; llevar juicios, es tener presunción, y esos juicios son, muchas veces, sin valor alguno y an vanos como distributivos. Pues pronto se ve que los que los formulan quieren decidir de muchas más cosas de las que conocen. Quitán así mucho interés a sus palabras, por tratar de llenar un papel que no les corresponde; por querer ser demasiado, no son nada. En otros tiempos, un lego, ante un cuadro, decía ingenuamente lo que experimentaba, y dejaba el resto a los peritos; así era útil. Ahora todo se ha embrollado, vivimos en una época de pedantería, y los legos de hoy no se contentan con decir lo que una obra es para ellos, sino que pretenden decir lo que es en sí misma. Y entonces gastan palabras técnicas, sacadas a la ligera de los críticos, quienes, muchas veces, las han sacado a su vez de los artistas para encandilar a los ignorantes. Los profanos, en nuestros días, usan las palabras de los iniciados. De ello resulta una confusión prodigiosa. Y mientras estas palabras se chocan y se enriedan las teorías, sonríe en vano sobre la pared el pobre cuadro del que se habla sin pensar más en él.

Hay algo que es a la vez útil y nocivo para la pintura. En una época en que tantas personas gustan hablar de arte sin ocuparse mucho tiempo de ella, los cuadros tienen la ventaja de pedir solamente — por lo menos así se cree — un momento de atención. Es su superioridad sobre los libros, muy buena, no lo dudo, para que mucha gente se ocupe de ellos. Pero es un error singular el figurarse que un cuadro puede ser poseído por una simple mirada y que se lo llevan enterito y en seguida. Se cree haberlo visto por haberse quedado un momento mirándolo. Pero ver es una cosa progresiva. Un cuadro hermoso es como todas las obras ricas; no quiere ser violentado, quiere ser profundizado por la atención y el amor; que se adentren despacio en él. Llegamos a él con mil pantallas; con los ojos todavía llenos de los espectáculos ordinarios, con frases hechas en la superficie de nuestro espíritu. Si nos descuidamos, esas frases demasiado listas, saltarán; hablabamos,

juzgaremos, no habremos tocado la obra. Es preciso purificarnos y recogernos; es preciso saber aislarnos con ella, conseguir de ella audiencia. Ciertas artes son favorecidas y, por ejemplo, la música, gracias a las evidentes dificultades de su técnica, consigue que no se hable de ella a la ligera. La pobre y magnífica pintura está entregada a todos; y bien se puede reconocer que es el arte que menos se hace respetar; es el arte-mártir. Casi nadie, ante los cuadros, piensa en callarse, o por lo menos en reservar su opinión, o bien en hacer un esfuerzo. Sin embargo, la pintura también es un arte secreto como lo son todas, en su esencia. Para saborear plenamente los gozos que proporciona, se necesitan dotes natos y estudio asiduo. Es preciso aprender a frecuentar los hermosos cuadros, descubrirlos lentamente. No hay que creer que por una feliz irrupción podemos agregar a la nuestra el alma de Rembrandt o de Leonardo. Es preciso esperar, estudiar, amar, merecer. Es preciso hacer largos viajes en las montañas encantadas y abruptas que sirven de fondo a la "Santa Ana" y a la "Jocunda"; hay que habitar con el "filósofo" en la sombra mágica, bajo la escalera en espiral. Entonces, solamente, ganamos el favor de los maestros, adquirimos todas sus misteriosas riquezas, y sus obras maestras no están fuera de nosotros.

ABEL BONNARD

La nueva inquisición

A la pregunta de "¿Quién es la Iglesia?" el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, o más bien, católica, apostólica romana, que nos enseñaron de niños, responde así: "Es la congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa", formando parte de ella, por lo tanto lo mismo los legos o laicos que los eclesiásticos o profesionales del sacerdocio. Pero el sentido histórico común restringe el nombre de la Iglesia a la jerarquía, y para él la gente de Iglesia son los clérigos, incluyendo a lo sumo los sacerdotes efectivos u honorarios. Y de hecho la Iglesia Católica Apostólica Romana ha quedado reducida a la jerarquía. Y hay que ver cómo ejerce de los llamados obispos de levita y ven qué suspiciosa mira al laico que se ocupa en teología.

La Iglesia profesional, sacerdotal o técnica, la de los que viven del altar, promulga dogmas de cuya pureza eran ellos los sacerdotes, los guardianes y defensores. Proclamaron delito y crimen la herejía y todo interpretación del dogma eclesiástico que no fuese la suya, la eclesiástica, la oficial, y hubo tiempo, en que pudieron hacer funcionar un tribunal de inquisición, o santo oficio, que tras procedimientos judiciales tenebrosos y clandestinos, y con aplicación del tormento, entregaba al brazo secular al reo, a que acaso lo quemaran por haber enseñado el panteísmo u otra doctrina de las que hoy son públicas y lícitas en todo país civilizado, es decir, deseclesiastizado.

Todo esto lo hacía una Iglesia cuyo reino no era, o por lo menos no debía ser, de este mundo y para defender ese reino de otro mundo. Mas como la fe en el otro mundo, en el reino de Dios, ha ido menguando y debilitándose en los cristianos todo ese sentido eclesiástico, sacerdotal, de clerecía, de profesionales del dogma y del culto se ha trasladado a otra parte. Y no es ya la Iglesia la más fiera en perseguir herejías, ni reclama su jurisdicción privativa ni persigue al que niega sus dogmas o los explica de otro modo que ella ni pretende restablecer el tribunal de la Inquisición o del Santo Oficio. Todo esto se ha transferido a la defensa de los reinos de este mundo.

Se quiere hacer, en efecto, del patriotismo — ya una religión — una cosa eclesiástica, profesional, casi teológica, con sus dogmas y su culto y sus herejías

y, naturalmente, su sacerdocio. Y, desde luego, su apologética. Apologética que no rehuye el embuste y la falsificación. Que así como la clerecía antes inventó lo de la *pietatis*, el fraude piadoso, el engaño edificante, así corroe hoy la *patria frans*, la mentira patriótica. Y si la Iglesia del reino de Dios prohibió el libre examen de sus escrituras y sus dogmas, las nuevas iglesias de los reinos de este mundo prohíben también el libre examen civil de sus escrituras y de sus dogmas.

En las escuelas de estas nuevas iglesias temporales no se enseñan las historias patrias, verbi gratia, como el verdadero y puro y elevado patriotismo, el patriotismo civil, exige, es decir poniendo la verdad sobre todo y para moverle tal vez al pueblo a que aprenda su historia para arrepentirse de sus pecados y reconocer sus faltas. En esas escuelas se enseña una historia que pretende exaltar el patriotismo lo corrompe porque lo hace a costa de la verdad. En esas escuelas se enseña la doctrina impía e inhumana de que la patria tiene siempre razón y que no se debe examinar libremente sus mandatos.

Y aún hay algo peor y es que estas nuevas iglesias, estas iglesias o clerecías de los reinos de este mundo, han restablecido la antigua inquisición del Santo Oficio en cuyos procedimientos — y bien claro se vio en Francia cuando el famoso *affaire Dreyfus* — entra la *patria frans*, el fraude patriótico, la falsificación de la verdad, cuando se la cree útil para la defensa de los dogmas o de los cultos eclesiásticos de estas nuevas iglesias seculares.

En el precioso libro *La Biblia de España*, que en 1842 publicó el inglés — y en inglés — Mr. George Borrow — libro que es la última novela piadosa — nos cuenta su autor cómo encontró en Córdoba a un anciano sacerdote que había servido en la inquisición desde sus treinta años hasta la supresión del Santo Oficio y que hablando del delito de brujería le preguntó Borrow si creía en la realidad de tal crimen, a lo cual: "¿Qué se yo? (esto está en castellano en el texto inglés) — dijo el anciano encogiéndose de hombros. — La Iglesia tiene poder. Don Jorje, o por lo menos tenía poder de castigar por algo real, o no real, y como era necesario castigar a fin de probar que tenía el poder de hacerlo, ¿qué importa que castigara por brujería o por otro crimen?"

¿No creen nuestros lectores que las nuevas iglesias de los reinos de este mundo para probar que tienen poder disciplinario de castigar han inventado el crimen de brujería antipatriótica? ¿Y no creen que lo enjuician inquisitorialmente?

Miguel de UNAMUNO

UNA CONFERENCIA DE KROPOTKIN

Próximamente comenzaremos a publicar en el SUPLEMENTO un trabajo cuyo solo anuncio llenará de alegría a los lectores; se trata de una conferencia de Kropotkin, pronunciada en Londres en 1920 por el mismo autor al ruso. Unos meses antes de su muerte, la *revista* y anotó: "Lista para la imprenta". Kropotkin quería, que esa conferencia fuese publicada antes que la gran obra sobre la "Ética" de la cual es algo así como un *resumen* popular.

Esperamos que este trabajo, traducido del ruso por nuestro SUPLEMENTO, será acogido como merece. (Los lectores rusos pueden conseguirlo también en las ediciones "Golos Truda" de Mosca, en venta en nuestra librería).



EL PROBLEMA DEL AMOR

Después de el del pan, el problema del amor es el que más atrae la atención del sociólogo.

Los artistas lo anteponen a todos los otros.

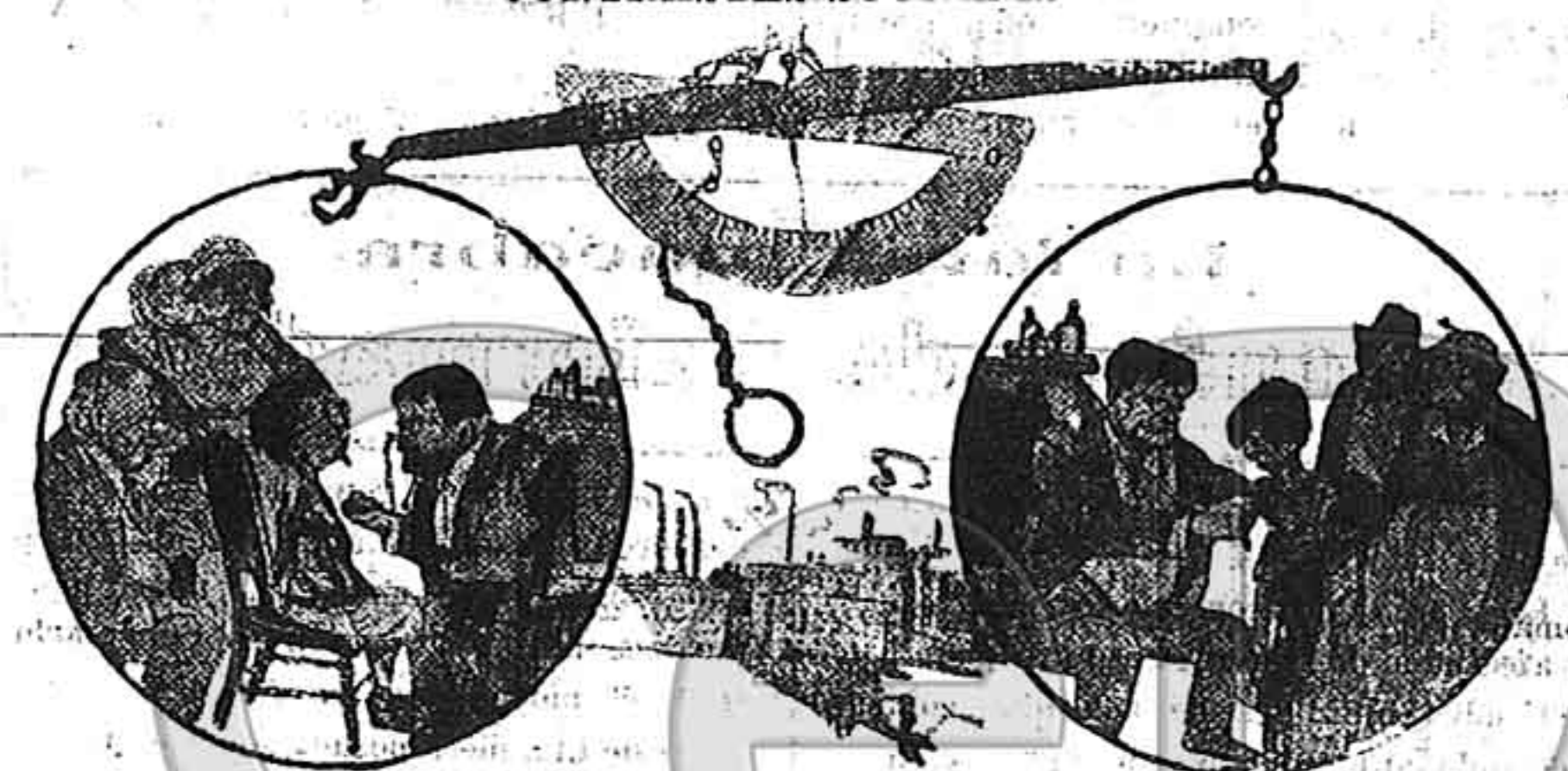
Fidias y Praxiteles inspiran en la sublime desnudez escultórica de las heraias griegas y crean sus inmortales obras; Dante se inspira en el amor de Beatriz, etc. Pero aquí no queremos hablar del amor como alado inspirador del arte, sino como elemento dinámico de la actividad humana.

Sea prontamente dicho: el amor si bien no es el único motivo por el cual se rige el mundo, en cambio es el más poderoso móvil de las acciones humanas.

Ya la fe no sufre al amor. Los ascetas y anacoretas del cristianismo son excepciones. La "Tentación de San Antonio" no es el diablo, sino más bien el objeto del Amor visto en toda su desnudez a través de la hipersensibilidad de sus sentidos alucinados.

Luisa Michel, llamada la "virgen roja" que quiere y puede ignorar los gozos del amor, de los sentidos, es siempre un fenómeno.

CONTRASTES SOCIALES



Miles y miles de nuestros compañeros desgarraron o negaron completamente la idea por el amor de una mujer, quizá indigna de ellos. El amor influye poderosamente sobre la trayectoria moral de un individuo, hacia el mal o hacia el bien.

Se dirá: "Pero aquellos compañeros que se dejan dominar por el amor de una mujer, aquellos anarquistas que por sobre la idea colean al Amor, más vale desaparecer de nuestras filas. Es menester que también este último, el amor, a la última de las divinidades: el egoísmo humano. Y por encima de las pasiones, como un faro luminoso, ilumine la fe el largo sendero del sacrificio."

Pero se olvida que el anarquista, que con su sueño de justicia y libertad para todos, llega a amar, a estrechar en un único abrazo a toda la humanidad y diré aun, a la animalidad, posee, diré así, un corazón mucho más grande que el de los otros hombres, donde hallan lugar todos los seres del universo, un corazón de tal modo formado, que siente más intensamente la necesidad de concentrar todo su amor en la mujer, en esta gentil criatura compleja, incomprendida, más no incomprensible. Como Garibaldi, siente la necesidad imperiosa de tener una persona querida a quien dedicar un inmenso amor. Pero... nueve veces sobre diez no encuentra su Anita, y entre esos nueve los desgarramientos, las reacciones y las apostasías.

¿Educar a la mujer, entonces?

Se ha escrito mucho sobre ella. Desde el concilio de Trento que quería negarle un alma, de San Agustín que la motejó diabólica oriunda hasta De Musset que la llamó la obra maestra del universo, el problema ha quedado sin solución.

¿Es ella susceptible de emancipación? ¿Es igual o inferior al hombre? ¿Es capaz de sufrir y luchar por una idea al igual que el hombre? ¿Posee corazón y cerebro capaz de sentir y pensar, o se entrega al que puede y sabe procurarla comodidad, o bien simplemente lo necesita?

Para mí todos los problemas están subordinados al sociológico.

Si hoy la mayoría de las mujeres mantienen, engañan y se dan al que sabe suministrarles al mismo tiempo un mendrugo, una botetada y un beso; si hoy la mujer no es "la compañera no esclava, sino consoladora del hombre" como dijo el poeta, y cual la vislumbramos en nuestros clados sueños de adolescentes, y si en lugar de ser sincera, adula y se humilla, débese a que así la hizo y la quiere la sociedad gobernada por los señores hombres.

El hombre tiene hacia la mujer la misma culpa que la burguesía hacia el proletariado, esto es: la opresión del fuerte sobre el débil. Ahora bien; ¿se librará el débil de la opresión por clemencia del opresor o con sus propios esfuerzos? Es

evidente que el fuerte no renuncia a privilegio.

Y la mujer no será educada ni emancipada por el hombre, que se servirá de su conformación fisiológica, del código, de la cátedra para crearle una condición de inferioridad. Y ella continuará siendo "un grande y bello animal" para el verista, una tentación temida y buscada para el cura, la más preciosa alhaja para el rico, la sirviente y la piñera para la mayor parte de los obreros mientras esté supeitada al hombre por el pan.

Tampoco los anarquistas son excepción a esta regla. Muchos no supieron, otros no pudieron educar a sus mujeres, y, puestos en el dilema de aceptar una mujer tal cual son hoy o renunciar, optaron por el primer caso; y lo peor que puede suceder en semejantes casos es hablar de libertad, de amor, a una criatura que sólo concibe la autoridad o la licencia.

Para otros más afortunados, ya que encontraron a la que confió sólo en el amor para entregarse y no pensó ni pidió juramentos, ni preguntó dónde la conduciría el amor, ni hasta cuándo él, el amor, se sentaría como nimen tutelar de su virginitad pura, el obstáculo que se opone a la práctica del amor libre son los tenebrosos reñones, que cuando el amor entre los genitores dejase de existir se verían tratados del mismo modo que los hijos de nadie; cuando no sucede peor, como en Norte América, donde las uniones libres son penadas con un mínimo de seis meses de prisión.

Mario Mariani dice que "Es menester crear una ética proletaria; preparar con la revolución de la ética, la revolución en la economía y en la política".

Matar, en suma, la sociedad burguesa antes en la ética que en la economía. Pero esta revolución ética resultaría vana sin la conquista del pan.

Es necesario decir a la mujer: "Durante miles y miles de años has sido la esclava explotada y villipendia. Se ha podido tener encadenada porque se te aprés por hambre como al perro, y como el perro fuiste acariciada y azotada, según los caprichos de tu patrón. Para que resumas a la dignidad que la naturaleza te confía: la de madre del hombre, es menester que conquistes tu pan, no vendiendo tu afecto y tu cuerpo, sino con un trabajo que te ennoblezca y te coloque en situación de amar solamente al que tu corazón anhela".

Entonces, ¿no se debe practicar el amor libre hasta que no haya pan para todos? Podemos propagar con el ejemplo. Los que han cumplido el proceso de revolución ética, los que han desarraigado completamente de su alma la mala hierba del prejuicio — en verdad son pocos, aun entre nosotros — los que han resuelto el problema del pan de modo que los hijos no queden en el arroyo — y son menos aún — practiquen el amor libre y sea la propaganda de alto ejemplo educativo.

No los que quisiesen, en homenaje a la libertad del amor, correr a la caza de sensaciones, no ahorrando — siguiendo impulsivamente el instinto — las armas de la lisonja, seducir vírgenes ingenuas que solo soñaron en las rosas del amor, sembrar lágrimas y dolores y dejar sufriendo tras de sí a otro ser que maldice al padre que lo trajo al mundo.

El solo hecho de la paternidad impone al hombre el deber de proteger y educar al hijo. Engendrar el hijo, poner en su frente la marca de bastardo, es hacerlo un repudiado de la sociedad actual — en espera de la futura que lo redimirá — es vil cobardía y un acto de bajísimo placer epiléptico al que sería preferible la renuncia... Miguelana.

Desgraciadamente hay entre nosotros tipos de esta clase, que se dicen a creerse anarquistas y que usan de la libertad, todos los derechos, ignorando los deberes. Contra ellos es menester protestar y reaccionar.

Pocas probabilidades de éxito tiene el amor libre bajo el actual régimen de propiedad y no obstante es necesario propagarlo. Como el último cuarto del siglo XIX no fué realmente el padre de los más admirables descubrimientos científicos de la época: descubrimiento del ruidium, rayos X, telegrafo sin hilos, etc., pero fué el resultado de los estudios anteriores, de las décadas y de los siglos pasados, así el curso del siglo XX verá florecer bajo su cielo de libertad, la hermosa flor del amor libre, si sabemos preparar dignamente el terreno psicológico durante nuestra generación.

En la sociedad futura el amor será libre como lo serán todas las cosas.

Diré más: sin libertad no hay amor. El amor, como los pájaros, vive de libertad. Se puede, como a los pájaros, encerrarlo en jaulas, pero en la jaula del matrimonio, el amor no canta. Se despluma, se aja, se consume: muere.

La libertad, la libre elección, la variedad de sensaciones son exigencias correspondientes a un organismo refinado y bien organizado.

¡Oh! vosotros que negáis la libertad en público y practicáis la licencia en privado, "aquel de vosotros que está limpio de pecado que arroje la primera piedra": nunca os habéis estremecido de deseo por una mujer que no era la vuestra? ¿Y cuántas veces, para conseguirla, habéis pisoteado todas vuestras leyes jurídicas y morales, sin deteneros siquiera ante el delito?

Y vosotros, los casi anarquistas, que aceptáis nuestro programa si no estuviere en él, decís: el amor libre, se os ruega no interpretarlo erróneamente. No se quiere "imponer" la variedad a aquellas parejas — también podría haberlas — contentas de permanecer siempre unidas, sino que se quiere dar libertad a aquellos a quienes la unión les resultaría un infierno cuando faltase el amor, cuando

do se viesen forzados a mentir, cuando se teme o se practica la traición.

Donde no existe amor o ha llegado a faltar, ¿qué es esta unión sino una prostitución garantizada por el Estado y bendecida por la iglesia?

Y del mártir de todas las víctimas del matrimonio que fueron obligadas a venderse al que tal vez odiaban y no pudieron amar jamás, condenadas a sufrir, sufrir, sufrir... ¿qué diremos?

¡Estolidez del hombre... legal! Cuando tu mujer ha dejado de amarte, estrecharás, si, entre tus brazos un cuerpo... helado, jamás el corazón que ya no te pertenece, jamás el alma que vuela lejos... lejos bajo los cielos de la libertad.

¿Quién cuidará de los hijos cuando los conyugues se separen? Cuando dos o más hombres se enamoren de la misma mujer, ¿no acabarán por irse a las manos? Cuando alguna ley sujete el deseo, ¿no se abandonarán, hombres y mujeres en la resbaladiza pendiente del placer y caerán en el vicio?

Los hijos del amor libre, los verdaderos frutos del amor, no de la maldición como los concebidos en un abrazo legal, *debi* a dos personas, que quizá se odian — los hijos del amor libre serán recogidos en asilos especiales, donde educadores voluntarios, naturalmente inclinados a la práctica de la ciencia y del arte pedagógico, educarán a los futuros hijos de la libertad.

La mujer no será más contemplada como una "propiedad" o como una "cosa". En caso de que dos o más hombres se enamoren de la misma mujer, la decisión concierne a ella. Un hombre digno de sí, moralmente y espiritualmente elevado, como será el anarquista, no se cederá tanto de "sentir" amor, como de "inspirar" amor. Es decir, que si podrá enamorarse, no podrá conservar el amor a quien no le ama. Si hubiese rivalidad, desde luego será de dignidad y de valor, no de ciego instinto y bajas pasiones, competencia del que sabe inspirar amor y no del que se enamora.

¿Se deviene viciosos con la libertad del amor?

Me atrevo a afirmar que el vicio nació con la castidad forzada. Los conventos han sido, son y serán verdaderos focos de vicio, de perversión y de degeneración sexuales. No creo necesario insistir sobre esto. Los paganos eran mucho más morales en su desnudez que los modernos católicos con todos sus velos y sus hipocrasías. Si sabéis "ver" encontraréis más pudor en Anadiómenes que en los ojos bajos de una monja encapuchada en su sayo. El hambriento está propenso, cuando le dais alimentos, a indigestarse. El que por largo tiempo sufre la privación del vino, cuando se lo dais se emborracha. Cuando se os prohíbe una cosa es cuando más sentís el prurito y el estímulo de poseerla.

Donde no hay prohibiciones no existen peligros de degeneración o de abuso.

No pretendo haber resuelto el problema. Quedaré contento si he conseguido suscitar el interés de los jóvenes compañeros por un más alto sentido de responsabilidad frente a un móvil tan importante como el amor. Y despertar en las mujeres ese sentimiento de dignidad moral, del cual saquen la fuerza viril de sentirse y hacerse iguales al hombre.

Solo en paridad de méritos es posible la igualdad. Y unos y otras deben adquirir fuerzas, conciencia y audacia para el duro camino hacia la sociedad de los libres e iguales.

Y cuando esta fuerza volcánica os agita el pecho y os quema las venas, cuando el amor porque se rige el mundo da alas a vuestra fantasía y voláis alto, de eleváis hacia una altiplanicie florida de felicidad, no olvidéis que solo en la libertad está la felicidad. Que el amor será coronado. Principio de los afectos cuando el labio que besa no lo haga a cambio del pan.

Es decir, en la Anarquía.

RIZIHI

Ideal y Realidad

Dejemos las calificaciones "filosóficas", es decir difíciles, confusas... e inconclusivas. Ideal significa: lo que se desea. Realidad significa: lo que es.

Es característicamente humano el estar descontento de lo que es, el desear siempre algo mejor, el aspirar a mayor bienestar, a mayor potencia, a mayor belleza. El hombre que todo lo encontrase bueno, que pensase que todo lo que existe debe ser así y no se debe ni se puede cambiar, y se adaptase tranquilamente, sin lucha, sin protesta, sin un gesto de rebelión, a la posición que las circunstancias le hacen, sería menos que hombre: sería... un vegetal, si es lícito hablar así sin calumniar a los vegetales.

Pero por otra parte el hombre no puede ser ni puede hacer todo lo que quiere, porque es determinado, constreñido, no sólo por la bruta naturaleza exterior, sino también por la acción de todos los hombres, de la solidaridad social que, queriéndolo o no, lo liga a la suerte de todo el género humano.

Es necesario entonces tender a lo que se quiere, haciendo lo que se puede. El que se adaptase a todo sería un pobre ser comparable, como decía, a un vegetal. En cambio, quien creyese poder hacer todo lo que quiere sin tener en cuenta la voluntad de los otros, los medios necesarios para alcanzar un fin, las circunstancias en que se encuentra, sería un simple iluso, destinado a ser perpetuamente víctima, sin hacer avanzar un paso la causa que le es querida.

El problema, pues, para nosotros, anarquistas — ya que el propósito de esta publicación nuestra (1) es ayudar como podemos al movimiento anarquista — el problema para nosotros, anarquistas que consideramos la anarquía no ya como un bello sueño para contemplarlo al claro de la luna, sino como un modo de vida individual y social a realizar para el mayor bien de todos, el problema, decimos, es regular nuestra acción de modo de obtener el máximo efecto útil en las diversas circunstancias que la historia nos crea en torno.

No hay que ignorar la realidad; pero si ella es mala hay que combatirla, sirviéndose de todos los medios que la realidad misma nos ofrece.

Al estallar la guerra mundial, de la que todavía son evidentes las malélicas consecuencias, hubo en ciertos ambientes, que se decían o quizá habían sido subversivos, un gran hablar de "realidad." Todas las semi-conciencias, todos los que buscaban un pretexto honroso para enmendarse de sus arranques juveniles y arrojarse a un pesebre cualquiera, todos los cansados a quienes faltaba el honesto valor de declararse tales y retirarse a la vida privada — y hubo muchos entre los socialistas y bastantes también entre los anarquistas — aceptaron y predicaron la guerra "porque era un hecho", haciéndose fuertes con la adhesión de algunos generosos que, de buena fé, extrañados por una errónea concepción de la historia y por toda una propaganda de mentiras, creyeron que se trataba de veras de una guerra libertadora y participaron personalmente en ella.

Y hoy no faltan los que se adhieren al fascismo "porque es un hecho" y ocultan, y creen justificar su decisión y su

traición diciendo del fascismo, como antes decían de la guerra, que su fin es revolucionario.

Si, la guerra mundial y la "paz" que ha resultado de ella son una realidad, como fueron una realidad todas las guerras pasadas, todas las matanzas y todas las ventas de pueblos. Es una realidad la cachiporra fascista, como fué una realidad el palo tudesco, que "l'Italia non doma!" Desgraciadamente son una realidad todas las opresiones, todas las miserias, todos los odios, todos los delitos que afligen, dividen y degradan a los hombres. ¿Habrá que aceptarlo todo, entonces, someterse a todo, porque tal es la situación que la historia nos ha hecho?

Todo el progreso humano está hecho de luchas contra realidades naturales y realidades sociales. Y nosotros que queremos el mayor progreso, la más grande felicidad posible para todos los seres humanos, somos asediados y batidos por todos lados por realidades hostiles, y contra estas realidades debemos combatir. Pero para combatirlas debemos conocerlas y tenerlas en cuenta.

La anarquía, para triunfar, o simplemente para marchar hacia su triunfo debe ser concebida, más que como faro luminoso que ilumina y atrae, como una cosa posible, realizable, no en la consumación de los siglos, sino en un tiempo relativamente breve y sin necesidad de milagros.

Ahora bien; nosotros los anarquistas nos hemos ocupado mucho del ideal; hemos hecho la crítica de todas las mentiras morales y de todas las instituciones sociales que corrompen y oprimen a la humanidad, hemos descrito con toda la poesía y elocuencia que cada uno de nosotros podía poseer, una anhelada sociedad armónica, fundada en la bondad y el amor; pero, hay que confesarlo, nos hemos ocupado poco de las vías y de los medios para realizar nuestros ideales.

Reconocida la necesidad del movimiento revolucionario o más bien insurreccional que debe abatir los obstáculos materiales, poder político y acaparamiento de los medios de trabajo, que se oponen a la propaganda y a la experimentación de nuestros ideales, nosotros hemos pensado, o hecho como si pensásemos que todo se habría arreglado por sí, sin plan preconcebido, naturalmente, espontáneamente — y hemos respondido a las dificultades observadas con fórmulas abstractas y con un optimismo que es contradictorio por los hechos actuales y por los previsibles. En suma, lo hemos resuelto todo suponiendo que la gente querrá justamente lo que queremos nosotros y las cosas se arreglarán exactamente según nuestros deseos.

¡Todos los gobiernos son malos! y bien, ¡los aboliremos a todos e impediremos que se constituyan otros nuevos! Pero cómo, con qué fuerzas? "El pueblo o el proletariado lo pensará" y si no piensa? "Cada uno hará lo que quiera". Pero si estos *cada uno*, que unidos forman la multitud, quisiesen lo contrario de lo que queremos nosotros y se sometiesen a un tirano y se dejaran emplear como instrumentos contra nosotros?

¿Si los campesinos se negasen a aprovisionar las ciudades? Los campesinos no son estúpidos y se apresurarán a lle-

var a la ciudad los géneros alimenticios para recibir productos industriales... o promesas de productos que se fabricarán.

¿Si la gente no quisiese trabajar? "El trabajo es un placer y nadie querrá privarse de él".

¿Si hubiese delincuentes que atentaran a la vida o a la libertad de los otros? "No habrá más delincuentes".

Y así por el estilo, respondiendo a todo con afirmaciones y negaciones gratuitas, negando todas las cosas feas, suponiendo realizadas todas las cosas bellas.

Hasta hubo quien, en el arrebatado del entusiasmo, anticipando tal vez de siglos los resultados que se puede esperar de la educación y de la eugénica (ciencia de procrear bien) ha entrevisto para el mismo día siguiente de la insurrección victoriosa una humanidad compuesta toda de gente buena, inteligente, sana, fuerte y bella!

La verdad es que hemos girado siempre en un círculo vicioso. Mientras por una parte hemos sostenido que la masa no puede emanciparse moralmente en tanto que duren las actuales condiciones de sujeción política y económica, por la otra hemos supuesto que los acontecimientos se desarrollarían como si esa masa estuviese ya compuesta, toda, o en gran mayoría, de individuos conscientes y evolucionados, celosos de su propia li-

bertad y respetuosos de la de los otros. Mientras hemos sostenido que la anarquía, que es toda libertad, no puede imponerse por la fuerza, "por la contradicción que no lo consiente", no hemos pensado en prepararnos para que otros no pudieran imponérsenos.

Nos ha faltado, en suma, un programa práctico, actuable en el inmediato mañana de la insurrección victoriosa, tal que sin violar la libertad de nadie nos permitiese actuar, o empezar la actuación de nuestras ideas, y atrajese a nosotros las masas con el ejemplo y con la prueba de la superioridad de nuestros métodos.

Y por eso la fracción de pueblo que aspira a la emancipación y que hará la historia nueva, no nos ha comprendido en gran parte ha aceptado el comunismo autoritario y opresor, o el híbrido sindicalismo.

Y nos hemos encontrado impotentes cuando las circunstancias parecían más favorables.

Es tiempo de remediar estas deficiencias nuestras para hallarnos pronto en las futuras ocasiones, que no faltarán.

Y es a esta obra de elaboración de un programa práctico de realizaciones inmediatas que convocamos a todos nuestros amigos.

ERRICO MALAPESTA

(1) "Pensiero e Volontà".

La farsa macabra Consejo de Reformados

Es en un consejo de guerra, dicho consejo de reformados.

La lamentable teoría de los reformados y aplazados defila ante ese areópago con actitudes humildes de acusados compareciendo ante un juez de instrucción.

Los inculpadados son numerosos, y, la cabeza gacha, con ojos tristes de bestias cansadas, esperan que sus jueces tengan a bien absolverlos o condenarlos a muerte.

Preside el tribunal un empujante con cara de borracho, obligado, probablemente, por el temor de ser enviado él mismo un día hacia la zona de guerra, terror de los individuos de su especie, ese guerrero por equivocación ve en cada acusado un culpable a quien convenía, costarle lo que costare, enviar lo más rápidamente posible a descomponerse el esqueleto.

Se diría que la víctima fuera a tomar el puesto del galgónado en la batalla, y que cuantos más hombres se envían al frente más tarde le tocará el duro turno al comandante.

—Apto para el frente!
[Apto para el frente! Estas palabras resuenan sin interrupción para satisfacer el hambre de carne de cañón de la bestia feroz.

—Todos los gobiernos son malos! y bien, ¡los aboliremos a todos e impediremos que se constituyan otros nuevos! Pero cómo, con qué fuerzas? "El pueblo o el proletariado lo pensará" y si no piensa? "Cada uno hará lo que quiera". Pero si estos *cada uno*, que unidos forman la multitud, quisiesen lo contrario de lo que queremos nosotros y se sometiesen a un tirano y se dejaran emplear como instrumentos contra nosotros?

¿Si los campesinos se negasen a aprovisionar las ciudades? Los campesinos no son estúpidos y se apresurarán a lle-

var a la ciudad los géneros alimenticios para recibir productos industriales... o promesas de productos que se fabricarán.

bertad y respetuosos de la de los otros. Mientras hemos sostenido que la anarquía, que es toda libertad, no puede imponerse por la fuerza, "por la contradicción que no lo consiente", no hemos pensado en prepararnos para que otros no pudieran imponérsenos.

Nos ha faltado, en suma, un programa práctico, actuable en el inmediato mañana de la insurrección victoriosa, tal que sin violar la libertad de nadie nos permitiese actuar, o empezar la actuación de nuestras ideas, y atrajese a nosotros las masas con el ejemplo y con la prueba de la superioridad de nuestros métodos.

Y por eso la fracción de pueblo que aspira a la emancipación y que hará la historia nueva, no nos ha comprendido en gran parte ha aceptado el comunismo autoritario y opresor, o el híbrido sindicalismo.

Y nos hemos encontrado impotentes cuando las circunstancias parecían más favorables.

Es tiempo de remediar estas deficiencias nuestras para hallarnos pronto en las futuras ocasiones, que no faltarán.

Y es a esta obra de elaboración de un programa práctico de realizaciones inmediatas que convocamos a todos nuestros amigos.

ERRICO MALAPESTA

(1) "Pensiero e Volontà".

casí alegremente a repartir sus carnes desbordantes en el amplio sillón que ocupaba sobre una tarima. En cuanto a los médicos mayores, se han sentado delante de él, modestamente, en sillas de paja cerca de una mesa posada sobre el piso de la sala.

Los fallos están decididos de antemano. Por lo tanto es preciso que los pacientes estén incapacitados por completo para marchar, o que les falte un miembro, para que el comandante no lance por encima de la cabeza de los mayores:

—Es un pilla! un fumista! Pongan apto para el frente! Si el hombre protesta, objetando que ha sido herido varias veces, y que bien podrían por ello dejarlo tranquilo, el comandante se pone escarlata. Parece que su facha de alcohólico va a estallar de cólera, y golpeando en su mesa con sus enormes puños de canicero, grita al enfermero secretario:

—A este me lo marca con tinta roja: bueno para la próxima salita!...

Tiene el comandante bromas groseras y crueles de patán en buen humor. Para designar las deformidades de recuperados bien jodidos, y una palabra sobre todo vuelve a sus labios baboscos, como el ladrillo de un perro hurafío que quiere morder los talones de un pobre: "Simulador! simulador!"

—Para él todos son simuladores. ¡Vámonos! doble esa pterna, canay! Más más!

El otro replica:

—No puedo, mi comandante recibí un trozo de obús... me falta un nervio.

—Ah! con que no puedes? Eso ya lo veremos.

Y dirigiéndose al secretario:

—Mándenlo en observación (?) a un hospital con una pequeña mala nota. Y si es un simulador...

El puño enorme del bruto se agita en el aire, y sin duda que si fuera permitido, la pesada masa iría a abatirse sobre el cráneo del execrable hólgaan que se permitía resollar delante de sus superiores.

Los mayores no se atreven a decir nada sin su opinión. Por otra parte, aunque ese fantoche sediento de sangre no hubiese estado allí, sus decisiones no podrían ser otras, porque las órdenes de las circulares llegadas de muy arriba recomendaban siempre mostrarse inflexibles cuando en el frente se necesitaba material humano.

Por lo tanto no era una sinécure ser llamado para una revisión médica en las épocas en que los asesinos emboscados en las oficinas del *Deltras* ponían como puesta de una alegre jugada de manilla, el comienzo a breve plazo de una gran ofensiva...

Señores bien se dirigen en auto para pasar por el consejo de reformados. Esos son recibidos a parte Se presentan con aplomo, enguantados, sonrientes, perfumados...

Numerosas cartas de recomendación escritas por gente influyente, se adjuntan a sus prontuarios. Son castellanos blasonados de los alrededores, o ricos comerciantes de la región, que tienen también un vaso de vino fácil...

Con una hermosa reverencia de prostituta que se ha propuesto conquistar a viejos famosos por su malhumor preguntan con azucarada sonrisa:

—Debo desnudarme, doctor?

La respuesta es siempre la misma:

—¡No! no! no es necesario, querido señor...

El comandante se vuelve pura miel en su tarima. Se agita en su asiento como un ganso que va a poner su huevo, y asiente con una maliciosa mirada cómplice. Se está entre propios, entre gente de la misma clase...

Luego el médico mayor, el más recargado de carpetas, con la boca en corazón, susurra al secretario: "Mantenido!" que en términos del oficio significa: aplazado, auxiliar o reformado.

Se dan las manos, cambian nuevamente sonrisas, con deseos locos de golpearse la panza bromeando, y el señor se va en su auto roncador, bajo la mirada petrificada de admiración de los pobres diablitos que, encorvados, esperan ansiosamente en medio del patio la llamada de su nombre.

La comedia ha terminado. Un cuarto de hora más tarde el auto del señor rueda sobre la avenida cuidadosamente enarenada, del castillo familiar. Después de ejecutar una saba curva, se detiene graciosamente ante la escalera en cuyos escalones esperan impecables gentilemen y damas en toilettes de agradables colores. Saltando rápidamente de su auto, el señor resplandeciente de alegría grita:

—Mantenido! Una vez más...

Caramba! eso se comprende. Las manos se estrechan. Se felicita al héroe con el calor que se emplearía en cumplimentar a un general que llegara de ganar una batalla... con la ayuda del pellaño ajeno.

Las damas, con lágrimas de ternura lo abrazan contra su seno y lo besan a plenos labios, como si se tratara de un pobre licenciado venido del frente.

La madre, su novia o su esposa, le sacan delicadamente el rostro con un pañuelo perfumado, inquietándose al notar el sudado. Pero él rie de sus alarmas y rehusa picarescamente mudarse de camisa.

Tiene un poco de polvo del camino en su traje de corte militar y eso le da, lo más bien, un aire de evadido de las trincheras. Por lo tanto no se le escatiman las ovaciones entusiastas.

Sin embargo, la espera ha sido ansiosa. Se ha temblado durante su ausencia tan larga...

Para reponerse de esas angustias se beben refrescos helados sin olvidar un brindis patriótico a la salud de *nuestros valientes poilus* y a los laureles que conquistarán en la próxima ofensiva, quizás la de la Victoria tan esperada...

Entretanto, en la sala sinistra del consejo de reformas, la voz sonora del comandante obeso vociferaba su eterno refrán:

—Simulador! Apto para el frente... márkuelo con tinta roja para la próxima partida...

BRUTUS MARCEREAU

Páginas de Histeria

¿Qué soñabais, pobres "burgueses", candidos "comuneros"? En una sociedad enteramente basada en el abuso de la fuerza, en el feróz egoísmo del privilegio, ¿queríais introducir la justicia y la fraternidad? ¿Son de la edad media estas fórmulas impregnadas del más puro espíritu de caridad fraternal, y que nuestra época repite deseando que se realicen algún día? Vosotros queríais que "cada uno socorriera a los demás lealmente y en la medida de sus fuerzas"; queríais que "cada uno auxiliase y aconsejase a los demás en todo lo que es justo"; queríais que "todos los hombres se ayudasen mutuamente, con todas sus fuerzas"; queríais que "todos se ayudasen unos a otros como hermanos, en todo lo que es útil y honrado"; queríais que "cada uno de los amigos socorriera al que hubiese menester", y para eso instaurásteis la "comuna"! Gloria a vosotros, trabajadores de otro tiempo, por haber marcado así la etapa de la humanidad hacia la justicia; vuestras "comunidades" nacieron de una noble y generosa aspiración. Debemos felicitarlos, pero, que aunque el movimiento comunal respondiese a un sentimiento moral elevado, era defectuoso desde el punto de vista de la concepción racional.

La asociación, tal es la unidad; la asociación es el único ser que aparece teniendo derechos, intereses, facultades; la asociación creada por el consentimiento mutuo de los que la forman, domina, elimina casi a sus mismos miembros; en una palabra, la comuna hace desaparecer el individuo.

Entonces, ¿qué es la ley? La ley, en la organización comunal es el resultado del contrato; es, como lo dijo más tarde Jean Vaques, "la expresión de la voluntad general"; fuera de esta voluntad general, contra esta voluntad general, no hay derecho. La asociación, enteramente catriva para sus miembros, deviene indiferente para los de afuera, no los considera como iguales, los trata como a inferiores; la ley, así comprendida, cosa abstracta, dependiendo del capricho de una mayoría, es, fatalmente, en una medida más o menos restringida, un instrumento de despotismo, cualesquiera que sean, por otra parte, los instintos de los que la invocan. Sólo protege la libertad de los que la hacen, y crea, contra los que la sufren, la tiranía del número. Ahora bien, esa tiranía es aborrecible como toda tiranía.

Es otra la noción del derecho, a la cual la edad media no se elevó ni aun en instinto, y es por eso que el movimiento comunal no ha pasado de ser un bosqueño, fué una comoción y no una revolución.

Si los comuneros hubiesen comprendido que la ley debe ser el reconocimiento de un derecho preexistente, que la ley no crea el derecho, pero lo comprueba, no hubiesen sufrido que al lado de sus uniformes subsistiese la horrorosa servidumbre; no hubieran solicitado contra un señor a otro más poderoso; no hubiesen concluido por declararse satisfechos el día que la organización feudal, plegándose a las necesidades de la situación, hizo un lugar en su seno, reconoció la existencia de las comunas confiriéndoles ciertas atribuciones que eran aún privilegios, las englobó, comprimiéndolas; finalmente las aniquiló. Si hubieran sabido poner la base del derecho, no en el accidente de una comunidad pasajera en ideas y sentimientos, sino en la naturaleza permanente del hombre, hubiesen encontrado en el hombre mismo un punto

de apoyo más sólido; habrían despertado en cada hombre la conciencia de su dignidad y de su libertad, hubieran producido un movimiento más profundo, por consiguiente, más vigoroso.

La libertad es el derecho del individuo: para hacer obra de verdadera libertad, es menester fundarla en el individuo. Interviene entonces la asociación, no para crear un derecho nuevo, sino para garantizar el derecho personal de cada uno de los asociados; no para subordinar el interés de cada uno a un pretendido interés general; sino para asegurar este interés personal; no para restringir la propia actividad, sino para desarrollarla.

Y GUYOT y S. LACROIX

("Historia de los Proletarios")

Breviario de la contrarreacción

LAS EXPEDICIONES DE BENEVENTO

Hace cincuenta años hubiésemos hecho la apología de la expedición de Benevento o participado en los riesgos de los internacionalistas italianos con la más grande simpatía y con la más firme confianza en los resultados de nuestra obra. Hoy hasta los más exaltados contestarían que una expedición semejante no tiene objeto alguno; que sería una revelación de insanía mental; y que solo acarrearía daños al movimiento revolucionario. Pero no hay que engañarse, si hoy vemos bajo otras perspectivas la táctica de la propaganda por el hecho, como la entendían Cafiero y Malatesta, no es porque en primer lugar hayamos progresado tanto ideológicamente, sino porque cambiaron las circunstancias externas. Tampoco simpatizamos con los *Nichiaief* de la actualidad, aunque los Reinsdorf, los Kammerer, etc., de hace medio siglo nos merezcan la mayor estima y la más grande consideración; son las circunstancias externas las que cambiaron y por tanto es a ellas a quienes hay que atribuir nuestras concepciones actuales; el Reinsdorf vivió, se actualizó, con un cerebro tan equilibrado como el suyo y una grandeza moral tan extraordinaria, no dedicaría probablemente pensamientos ni esfuerzos a conspiraciones como la de Niederwald; sin embargo, si se produce un hecho como el de Wilkens no escatimamos la solidaridad ni disimulamos la satisfacción. Si las condiciones que hicieron surgir el período terrorista de nuestro movimiento se reprodujesen, total o parcialmente, es claro que volveríamos de un modo natural al terrorismo, pero siempre en la convicción de que los resultados finales y positivos no son productos de hechos individuales, sino de la acción de las grandes masas. Hoy no hacemos expediciones de Benevento, porque el ambiente es muy diverso y sabemos que están condenadas de antemano al ridículo. Lo que hace medio siglo era una epopeya de heroísmo, hoy sería un sainete infantil e insensato. ¡Ojalá permanezca siempre en nosotros el espíritu de sacrificio y el amor a la causa revolucionaria que guiaba a los expedicionarios de Benevento! pero así como uno de los supervivientes de ese episodio, Malatesta, se ha vuelto a la acción de las grandes masas, llevando en el corazón los mismos sentimientos y la misma fe en los destinos de la humanidad que cuando enarbolaba la bandera roja y negra de la Internacional en las ruinas de Castel del Monte; así debemos nosotros modificar la táctica de acuerdo al período que vivimos, sin que eso implique una concesión a la realidad, pues las concesiones existen allí donde se transa en cuestiones y en posiciones que nuestra conciencia interior nos revela justas y legítimas. Hoy no seguimos la acción de los revolucionarios de Benevento; aunque procuramos seguir las huellas de su espíritu, porque la vida nos ha puesto frente a otra mentalidad colectiva y a otra estructura social. Hace cincuenta años no

hubiesen llegado las hordas de Mussolini a Roma sin tropezar con la resistencia de los guerrilleros de la Internacional. Actualmente nos hubiese parecido una locura el que media docena de hombres intentaran detener el avance fascista; son las grandes masas las que debían hacerlo y las grandes masas no se movieron y hasta vieron con una cierta simpatía el triunfo del nuevo tirano.

El movimiento de la reacción internacional, que constatamos no será detenido por nuestra acción individual. La caída de un tirano puede en ciertos momentos tener una gran repercusión; pero en épocas de reacción general, produce un efecto contrario al deseado. Si Lenin hubiese caído víctima de los crímenes amparados en su dictadura, hubiésemos sentido una poca compasión como cuando cayó el teniente coronel Varela; sin embargo los resultados finales serían muy débiles; hoy ha muerto Lenin de muerte natural. Con ello ganamos directamente muy poco, mientras queda en pie el leninismo. Mussolini podría también caer un día muerto de un balazo o de un resfriado; con ello no habría muerto el fascismo; tal vez se fortalecería y se agudizaría, al contrario, su San Bartolomé permanente contra los elementos revolucionarios. Hay que interesarse a las masas populares en la labor contrarrevolucionaria; sin ellas, nuestros esfuerzos serán siempre estériles, porque así como la reacción no es un movimiento de meros individuos, sino un movimiento social que interesa grandes capas de población de todas las clases de la sociedad, tampoco la contrarreacción o la revolución pueden ser obra de las minorías, sino de las grandes masas. No ignoramos el valor de las minorías ni nuestros deberes como tal, pero dado que no somos un partido político que aspira a la conquista del poder, sino a su destrucción; debemos reconocer que el poder autoritario no se apoya, o no descansa solo en las espaldas de un individuo o de una camarilla que pudiéramos destruir a tiros de revólver, sino en grandes masas de la población y en la pasividad de la mayoría de los hombres, — un elemento este último que beneficia tanto o más a los poderes dominantes como la defensa activa del mundo del privilegio y de la explotación.

Nuestra misión de hoy, como la de mañana, debe consistir en interesar a las grandes masas de la población en las aspiraciones de libertad y de bienestar para todos, por el camino de la destrucción de los Estados. Si no responden siempre a nuestro llamado, sepamos estar solos; sin arrastrar la bandera. Llegará el día en que la semilla sembrada dará su fruto. Han Ryner ha insistido sobre la necesidad de *saber esperar*; para los reformistas; saber esperar es acomodarse mientras llega la hora de la reivindicación; para nosotros, saber esperar no significa de ningún modo paralizar nuestra labor, sino continuarla tenazmente, aún en la seguridad de que los frutos no serán inmediatos. Saber esperar, en el sentido de Han Ryner, no es abdicar la voluntad, no es desistir del esfuerzo crea-

dor, no es adormecernos ni pactar con lo existente. Tal vez sólo los anarquistas sean los únicos que saben esperar. En Malatesta tenemos un ejemplo; él espera los días mejores y sabe aprovechar los malos y los penosos en una labor útil de afirmación del pensamiento y de la voluntad. Los anarquistas deben saber esperar en su puesto, no en el parlamento o en otro pacto con el mundo del privilegio.

Las grandes masas oirán nuestra voz y entonces venceremos. Mientras llega la hora, no olvidemos jamás que no tenemos derecho a exigir de los otros lo que no estamos dispuestos nosotros mismos a hacer. Y que nuestro ejemplo en las horas aciagas pueda servir de guía a las grandes masas en las horas prósperas y felices.

Los que en las reuniones de cafés exigen hechos, resoluciones energéticas, los que claman como energúmenos su valentía y reprochan al movimiento anarquista su serenidad frente a un movimiento reaccionario de tanto alcance como el que vivimos, esos no llegan jamás a los hechos ni mantienen el fuego fátuo de su revolucionarismo, cuando se convence que el triunfo no es para mañana mismo. ¿Quién sería capaz de dar a los anarquistas el ejemplo de la acción y del espíritu de sacrificio? Fácil sería demostrar que ningún partido socialista o fracción obrera puede compararse al anarquismo por su actividad y su vitalidad. Pero hemos superado ya aquel período en que Most repetía: "Si tuviera cien hombres decididos haría mañana la revolución en New York". No, no es con cien hombres ni con mil como haremos la revolución; Malatesta no intentaría su vieja expedición de Benevento, aunque tuviera a su disposición un millar de hombres tan bravos como aquel puñado de 1877; y no porque los años hayan templado su ardor juvenil, sino porque nuestra revolución es, tanto como un cambio exterior, una transformación de la mentalidad colectiva.

EL HEROISMO DE LA RESISTENCIA

No es tarea de orden secundario ni que deje de poner a prueba los caracteres firmes y tenaces y los corazones heroicos la que exige esta hora, cuya gravedad nos hace aparecer como una dicha la simple conservación de nuestras posiciones. Muy lejos de pensar en avanzar, tenemos que hacer todo lo posible por no retroceder; y para la resistencia defensiva contra la reacción, no es necesario menos valor y menos arrojo que para el ataque ofensivo a los poderes del pasado en los períodos propicios en que las ventajas están de nuestra parte. Regularmente, los hechos más heroicos de la historia están en la resistencia y no en el ataque. El ataque supone ya, por lo general, condiciones adecuadas y una cierta seguridad en la victoria final; la resistencia, sobre todo cuando no es en pró de un mero interés, sino de un ideal, es una de las expresiones más heroicas de la vida humana, porque los que resisten son casi siempre inferiores en número a los que atacan y luchan en condiciones desventajosas, revelando un espíritu de sacrificio conmovedor.

En la conciencia de que somos una minoría y de que estamos solos, entramos con el espíritu de la resistencia heroica en este negro período de la historia contemporánea; Hay en nosotros la convicción íntima de que las fuerzas del pasado no conseguirán confundirse con las del porvenir, que el mundo de la autoridad no se acercará al mundo antiautoritario, que la anarquía sabrá defender sus concepciones con la abnegación y el espíritu de sacrificio que testimonia la historia entera de los movimientos sociales modernos. Ninguna fuerza de reacción será capaz de desalojarnos de las posiciones conquistadas si el fuego sagrado de nuestras ideas es alimentado siempre con los materiales del nuevo mundo moral, social y económico que intuímos y anhelamos. Si el anarquismo se mantiene puro de infiltraciones autoritarias, si resiste las desviaciones y las seducciones de momentos ilusorios pasajeros, tal vez lo sorprenda la aurora del despertar de los pueblos con menos adeptos; pero esto no significa para nosotros sino un problema de orden secundario; las palabras de aquel

revolucionario francés: "Antes de las jornadas de julio de 1789 los republicanos franceses se podían contar con los dedos de la mano; al día siguiente de los hechos el número había ascendido a centenares de millares" — son todavía aplicables. Para nosotros lo esencial no es el número de los que hoy reconocen nuestras ideas, sino las ideas mismas; el número se nos dará por añadidura; la historia entera, la evolución de las cosas marcha hacia la anarquía; los partidos revolucionarios autoritarios viven algunos años en la arena de la oposición política, emplean durante algún tiempo un lenguaje de fuego que asusta a la burguesía, pero su claudicación no está lejos de su nacimiento, llevan la traición en las entrañas, pese a la sinceridad de sus adeptos y participadamente de sus jefes mismos. Primero fueron los republicanos los que acudieron a las masas populares, después los socialistas reformistas, luego los socialistas revolucionarios; todos han saltado la barrera desde que llegaron al poder. Solo el anarquismo está en su puesto como la única esperanza de las masas oprimidas y explotadas del mundo entero. No perdamos de vista que no corre peligro únicamente nuestro movimiento exterior, sino en primer lugar y principalmente nuestro mundo ideológico. La reacción brutal de una banda asesina puede hacer inermes las filas de los combatientes de la anarquía con la sangre y el fuego; pero un período de regresión moral como el presente amenaza también nuestro mundo espiritual. Hay una amplia tendencia a reafirmar los viejos fetiches en sus puestos de honor en las esferas del privilegio y se compite en esfuerzos para sembrar el veneno de la autoridad en todas las manifestaciones de la vida y del pensamiento; esto es más peligroso aún que el avance fascista sobre Roma, porque el avance fascista es solo un fenómeno externo y secundario, mientras que lo esencial es la regresión moral humana que hizo posible el nacimiento del fascismo.

Advertimos actualmente como primera consecuencia del influjo de la reacción un principio de avance de la reglamentación en nuestra mentalidad: muchos notables camaradas se entretienen en dar soluciones a los problemas del porvenir con una serie de comités y de reglamentaciones hábilmente planeadas. Hemos visto siempre esa preocupación por el mañana con desconfianza, como se observa un peligro; no es que no nos inquiete a nosotros también el mañana, todo lo contrario, es para el mañana para quien trabajamos hoy; pero tenemos fe en la vida y no quisiéramos que nuestra ideología encerrara el porvenir en las jaulas de una "reglamentación social"; ese oficio de subyugar el porvenir a legislaciones previas había sido hasta ahora entretenimiento de los políticos; nosotros hemos dicho siempre que no sabemos qué formas tendrá la sociedad futura y que no podríamos saberlo; pero hemos constatado que la autoridad es el mal y que el mal es biológicamente rechazado; sabemos que si el porvenir se desarrolla libremente, la autoridad, el Estado, desaparecerá, pues desaparecerá ya hoy si no estuviera en el interés de los privilegiados su mantenimiento con la fuerza de las armas, la prisión, el terror, la muerte.

Resistamos heroicamente la reacción en todas sus formas y de acuerdo a nuestras fuerzas; donde nuestro vigor físico no nos permita oponer un frente de lucha de fuerza armada a los avances sobre Roma, fortifiquemos al menos el frente de lucha de nuestras ideas y no abandonemos el puesto; que el salvajismo de la reacción pase antes por encima de nuestros cadáveres que por encima de nuestras ideas. Mussolini llegó a Roma; la sangre de millares de nuestros camaradas alfombró su marcha triunfal; pero nuestras ideas están en pie; el poder de la reacción no logró convencer ni desviar a Malatesta de su camino.

El ejemplo de los anarquistas de la Argentina, que supieron proclamar bien alto que antes sacrificarían las organizaciones que las ideas, es decir, que mantendrían la pureza de los principios libertarios aún a costa de quedar solo un puñado de combatientes, comienza a ser comprendido y seguido en todos los países. Con ese temple moral no tenemos por qué poner en duda si el porvenir será nuestro, bien nuestro.

TRANSITORIEDAD DE LA REACCIÓN

Las profecías son siempre aventuradas y más cuando se refieren a sucesos históricos del porvenir. Pero se puede asegurar una cosa, que la reacción es por sí misma un fenómeno inestable y por lo tanto de una duración limitada. Es posible que persista unos años más o menos; su destino es el mismo que el de la paz fundada sobre las bayonetas, una ilusión pasajera. La reacción ha llegado al término de su crecimiento cuando ha llegado supuestamente al dominio de la vida social. Junto a la cima comienza fatalmente el descenso. Basta mirar retrospectivamente la reacción de la época de la Santa Alianza y la que siguió a la derrota de la Comuna, para reavivar en esta negra hora la llama de la esperanza. Es cierto que la división de clases y de ideas está hoy más marcada que nunca y que la santa alianza se presenta hoy con más conciencia de sus fines y de sus medios que antes y que por consiguiente tratará de asestar golpes más ciertos y terribles; pero no podemos dejar de constatar que las fuerzas de la revolución son hoy más grandes que antes, en número y en conciencia. Los revolucionarios de aquellos períodos, las masas al menos, eran movidos más bien por sentimientos que por reflexivas deducciones; nuestras fuerzas actuales se agitan conscientemente procurando comprender el significado de sus movimientos.

Nettlau nos ha señalado la utilidad de la propaganda en los países americanos no invadidos aún por el capitalismo moderno; efectivamente, muchos países de Europa quedarán por algunos años cerrados para nuestra propaganda, y en los demás, el movimiento no podrá adquirir grandes proporciones, porque todos los países de la Europa occidental son solidarios en su vida económica, social, revolucionaria y política. Solo los nacionalistas ciegos han podido creer que el triunfo de Francia o de Alemania en la gran guerra, significaría el bienestar del país vencedor; la realidad nos ha demostrado que las leyes económicas que rigen el mundo no reconocen tampoco fron-

teras. Si la situación es mala en Alemania, no será risueña en Francia y viceversa. La vida revolucionaria tampoco reconoce las fronteras políticas, y si en España y en Italia, por ejemplo, domina una dictadura feroz, que sofoca en sangre y en lágrimas la expresión de nuestras ideas, no hay que esperar que los demás países de Europa, aunque estén gobernados por los Ebert, Millerand o Mac Donald, constituyan un refugio para nuestro movimiento. Pero los países americanos podrían ser una esperanza para el porvenir, si la bandera de la anarquía es plantada en ellos antes de que aparezca toda la cohorte funesta: el caballo de Attila del capitalismo moderno y la ideología de la socialdemocracia parlamentaria y cien veces traidora.

D. Abad de Santillan

comprendo que es necesario destruir en el hombre los últimos restos de la animalidad primitiva que se evidencia en las luchas actuales, pero más que todo entiendo que, para lograr que la bondad esencial de la humana naturaleza reine en la tierra, es forzoso purificar la atmósfera luchando como fieras ya que como hombres se nos fusila.

Hay quien teme que, obrando con este criterio, al día siguiente de la revolución los mismos elementos de violencia, chocarían entre sí y volveríamos al maldito régimen de la autoridad y el capitalismo.

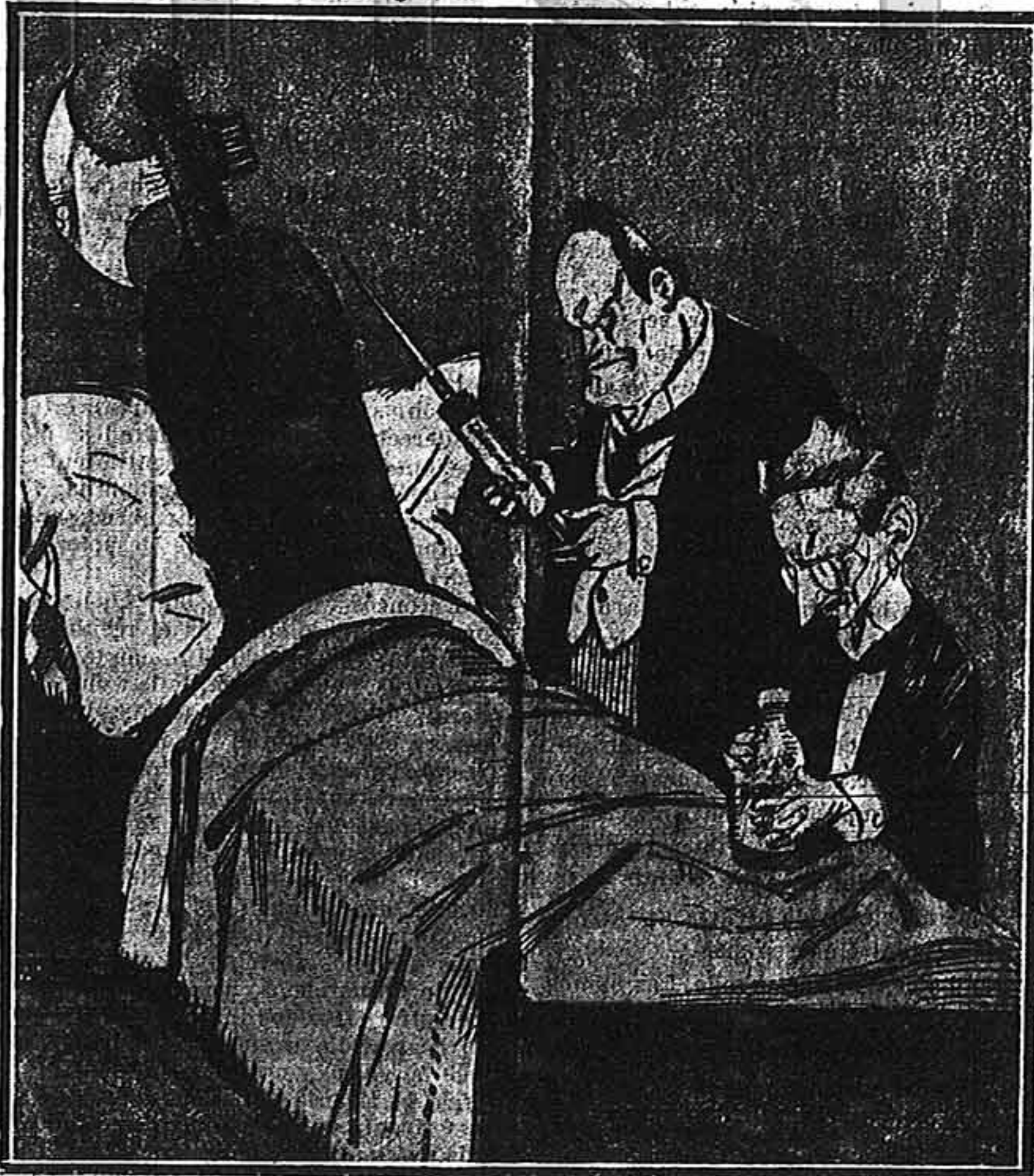
¡Qué se yo lo que sucederá! Lo que afirmaré es que los detritus de la bestialidad y de la barbarie que una época de tiranía y de crueldad ha difundido por todas partes, me arrojan por momentos a la desesperación y me hacen comprender que la violencia es todavía necesaria.

¡La violencia! los de arriba la quieren; los de abajo la quieren también; los de en medio me la exigen.

¿Cómo he de luchar yo?

Leopoldo BONAFULLA

EL ENFERMO



Mussolini—Si el paciente no recobra su vigor con esta inyección de patriotismo... habrá que aplicarle una doble purga de aceite de ricino.